Doce Opalinas

Theodor Smeu Stermin

Primer Premio XVII Narrativas Oblicuas



NARRATIVAS OBLICUAS

Doce relatos finalizados y uno inconcluso, escritos en equilibrio sobre una cuerda floja sujetada entre dos pilares: la vida y la muerte. Los personajes conviven en la arena de un circo apócrifo; algunos se han colado allí tras escaparse de la vida del propio autor. Saltimbanquis de la soledad, de la crueldad, de la vejez, de la venganza, de la infidelidad; fantoches del maltrato, de la supervivencia, del amor, del olvido. El aire bufo que les envuelve se disipa precisamente cuando, conscientes de su fuerza vital, se proponen luchar contra una prosaica realidad que ya les ha atrapado. Sobreviven resguardándose en sus propias pavuras, como los niños que se cobijan tras las almenas de los castillos de arena, antes de la tempestad.



Doce Opalinas

Theodor Smeu Stermin

www.edicionesoblicuas.com

Doce Opalinas

EDITORES DEL DESASTRE, S.L.
c/ Lluís Companys nº 3, 3º 2ª
08870 Sitges (Barcelona)
info@edicionesoblicuas.com

ISBN edición ebook: 978-84-19805-53-9

ISBN edición papel: 978-84-19805-52-2

Edición: 2024

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales
Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

www.edicionesoblicuas.com

Contenido

Para Anca y Abi

«El poder de la memoria alienta
el poder de la imaginación».

Akira Kurosawa

Doce Opalinas

El Doce Opalinas era un bar de escritores de servilletas: algunos de ellos escribían sobre las que chupaban la cantidad justa de tinta; otros, sobre las más absorbentes. Llevaba abierto desde hacía más de medio siglo. Su primer dueño, don Empíreo Torres Abate, gran amante de la lectura, le puso ese nombre porque sobre cada mesa había una lámpara Emeralite, edición 1919. Ese modelo de lámpara tenía la tulipa en forma de barco, el interior de opalina blanca, el exterior tintado de verde, y el pie de metal dorado, muy pesado, para garantizar una estabilidad perfecta. Se encendían tirando de una cadenilla discreta. Aunque se vendieron sobre todo en Estados Unidos, hubo una edición especial destinada al mercado español. Todas las lámparas de esa serie llevaban marcado con letra itálica, en la parte redonda del pie, el eslogan: «Gentil para sus ojos». Gracias a esas lámparas, el local parecía más bien una sala de lectura de una biblioteca antigua. Don Empíreo acabó llamando «Opalinas» a esos auténticos objetos de culto. El local tenía solamente doce mesas. Doce mesas, doce Opalinas.

Al jubilarse, don Empíreo dejó el bar en manos de su nieto y único heredero, Ernesto Santamaría Abate que, a pesar de su juventud, era un camarero chapado a la antigua y un tanto grandilocuente. Se había criado detrás de la misma barra en la cual se ganaba la vida desde que se hiciera cargo del negocio. Se movía con la parsimonia heredada de su abuelo. Por alguna extraña razón, con los años, encarnó también el tic nervioso que había acompañado a don Empíreo durante toda la vida: se subía las mangas cada poco rato. Pellizcaba la tela entre el dedo gordo y el índice y tiraba un poco para atrás. Primero la manga izquierda, con un toque preciso y rápido: ¡zas! Después la derecha: ¡zas! Tardaba menos de un segundo, pero lo hacía miles de veces al día. Su abuelo le enseñó a no preocuparse porque, decía, «la vida es aquello que pasa entre subirse la manga izquierda y la derecha».

Llevaba el bar con el mismo talante con el cual lo había llevado su antecesor. Trataba a los clientes como lo que eran: unos artistas. Les conocía

las costumbres, los gustos y las manías. Los mimaba. En contadas ocasiones, y siempre y cuando los autores mismos lo propiciaban, sabía ofrecerles conversación, porque también leía. Pero, sobre todo, se distinguía de muchos camareros en que sabía callar. Y como Ernesto callaba de manera profesional, en sus ratos de soledad había adquirido la costumbre de hablar solo.

Desde la inauguración, la decoración del bar nunca había cambiado; salvo el gramófono que fue sustituido por un tocadiscos, todo lo demás seguía igual que el primer día.

Cada una de las mesas representaba un libro. La superficie de madera lisa hacía su labor funcional de mesa, pero estaba tan magistralmente pintada que parecía la fotografía de un libro abierto. Más de un cliente mojaba el dedo en la boca y hacía el gesto de «pasar la página» cuando pedía otra ronda. Los entendidos se empeñaron en poner nombre a esas maravillas: «arte hiperrealista». ¡Y tanto que lo era! La impresión que causaban era tan intensa que hasta el aire que las envolvía parecía contener el perfume de un libro antiguo de verdad. Se habían pintado veinte años antes de que la técnica que se les había adjudicado tuviera nombre propio. Se podía intuir la textura del papel sobre el cual se apreciaba una tipografía antigua, con la primera letra grande y con voluta. En los bordes prevalecían motivos vegetales. El cuerpo del texto, recargado y florón, se leía con cierta dificultad, pero el contenido tenía especial encanto.

Cada libro llevaba entre las páginas abiertas un relato muy corto. Don Empíreo había titulado el conjunto: *Obra completa de un escritor de servilletas*. Cada cuento trataba un tema. Doce cuentos, doce temas: la soledad, el amor, la muerte, la culpa, el poder, la venganza, la amistad, el dolor, la vejez, el engaño, Dios y el olvido. Se podían leer por separado o en conjunto. Nadie conocía el orden correcto de lectura. Desde el día que don Sempronio, el patriarca de los escritores de servilletas, había explicado que el orden era una cuestión sin importancia, se habían acabado las polémicas.

Independientemente del orden de lectura, entre los doce construían una misma trama: doce relatos, una sola historia, aunque las diferentes secuencias posibles daban diferentes matices al conjunto. Don Empíreo nunca había desvelado los nombres de los artistas que crearon aquellas obras maestras del hiperrealismo y de la narrativa.

Cada mesa estaba provista de una única silla, cuyo respaldo imitaba un atril de lectura de antaño. Doce mesas, doce sillas. Talladas en madera de palisandro. Ernesto presumía de que los respaldos de esas doce sillas eran copias fieles de los atriles de lectura de la Biblioteca de El Escorial. Una vieja foto de su abuelo, ensortijándose el bigote mientras miraba con gran interés un atril de madera de aquella ilustre biblioteca, corroboraba esa hipótesis. Para Ernesto, aquella foto era su mayor tesoro. La tenía colgada en la pared detrás de la misma barra que don Empíreo había defendido durante toda su vida. A los escritores les encantaba la historia de los atriles a modo de respaldo. Además, casi todos coincidían en que esas sillas les ayudaban a estar

rectos mientras escribían.

Lo primero que hacía el joven Ernesto al empezar la jornada era encender las Opalinas, de una en una, incluso si se daba el caso y el bar estaba vacío. Antes de nada, se lavaba meticulosamente las manos, miraba la foto de don Empíreo y decía: «Abuelo, llegó la hora de hacer brillar a las Opalinas». Se colocaba al lado de la primera mesa, se erguía y, con voz histriónica, recitaba: «¡Hágase la luz!». Tiraba de la cadenilla y la lámpara se encendía. Repetía el mismo numerito en cada mesa. Una vez que todas las lámparas estaban encendidas, con la misma voz recitativa remataba: «¡Y la luz se hizo!». Por último, les pasaba un plumero antiguo con el mango de ébano. El poco de polvo que quedaba suspendido en el aire formaba una nieve fina alrededor de las Opalinas. Y antes de volver detrás de la barra, se dirigía —según el caso— a sus clientes imaginarios o no imaginarios: «Hay polvo de hadas y hay polvo de musas. Si ni con esto os llega la inspiración, ¡apaga y vámonos!». Con la mano en alto, sacudía los restos de polvo del plumero, se reía un poco y volvía al trabajo, detrás de su barra.

La barra del Doce Opalinas también era una obra de arte en sí: un muro. A modo de ladrillos, había multitud de libros viejos pegados entre sí con cola para papel. El propietario le pasaba una capa de barniz cada primavera. Con el tiempo, el barniz adquirió tanto grosor que aquellos libros parecían recubiertos por un cristal líquido y ambarino.

Las paredes del bar estaban revestidas con páginas arrancadas de viejos libros. Al igual que la barra, esas paredes recibían, con la misma regularidad, una mano nueva de barniz. A lo largo de los años adquirieron el efecto de tela de cristal.

El techo estaba tapizado con páginas ampliadas de *La divina comedia*, con el fin de que se pudiesen leer desde las mesas. Don Empíreo, en sus tiempos, presumía incluso de hablar italiano, y si alguien le preguntaba sobre el motivo de haber forrado el techo con la obra de Dante, él se remangaba primero, luego suspendía los dos dedos índices en el aire, elevaba el mentón, y respondía mirando al techo: *«Per i cieli, amico mio, per i cieli del suo Paradiso»*.

Con la edad, don Empíreo había ganado en desparpajo y, si sospechaba que la persona que le había preguntado no lo había entendido, se lo aclaraba: «Como veo que se te ha quedado cara de tonto, te lo digo en cristiano: por los cielos, amigo mío, por los cielos de su Paraíso».

Los clientes, en su gran mayoría, eran lobos solitarios. Cuando uno de los escritores del Doce Opalinas fallecía, se interrumpía la costumbre de mantener una sola silla en cada mesa. En señal de duelo, se apagaban todas las Opalinas salvo la de la mesa del difunto, y el resto del local se alumbraba con velas. Los familiares encomendaban a Ernesto la obra completa del muerto: un tacho de servilletas desordenadas, escritas de su puño y letra. Ernesto se las entregaba a su vez a don Sempronio, el patriarca. Empezaba el velatorio: alrededor de la mesa del difunto, se juntaban las otras once sillas, sobre las

cuales se sentaban sus compañeros. Les llevaba un buen rato ponerse de acuerdo sobre el orden en el cual debían ser leídas las servilletas. Cuando el cónclave de los once autores ya tenía el orden claro, Ernesto encendía un incienso de palo santo, y con el primer hilo de humo, decía dos palabras: «fumata blanca». A partir de ese momento, de uno en uno, los escritores sacaban con gestos largos sus plumas estilográficas, las desenfundaban y las dejaban secar sobre la mesa, rindiendo honor al compañero que ya no estaba. A continuación, daban lectura en alto a las servilletas, por turnos y en sentido contrario a las agujas del reloj. Un ritual simbólico para simular volver, de alguna manera, en el tiempo.

Los escritores de servilletas, por escrupulosos y puristas, no solían compartir su obra con nadie mientras vivían. Razón por la cual, durante el velatorio, tenía lugar lo que acabaron por llamar «la primera lectura póstuma».

En cuanto terminaban de leer la última servilleta, se oficiaba la ceremonia de clausura del velatorio. Cada uno volvía a enfundar y guardar su pluma; apagaban las velas, y Ernesto volvía a encender las Opalinas. Los escritores retornaban a sus vidas de antes: escribir; sin apenas hablar los unos con los otros. Parecían mudos, pero eran solamente viejos. Viejos y apesadumbrados.

La silla vacía se ocupaba enseguida, porque había una larga lista de espera. Casi todos los aspirantes eran ancianos. El Doce Opalinas era el bar donde los viejos desnudaban el pasado, convirtiéndolo en literatura de servilletas. Era la antecámara de la muerte, el último disfrute de la vida. Cada viejo se agarraba como buenamente podía a su propia memoria, y con ella trazaba el rastro que dejaba la tinta de su pluma sobre sus servilletas. Muy pocos entendían que tampoco era para tanto, y que estar tan cerca del noveno cielo de Dante era, en realidad, un gran privilegio.

Don Empíreo Torres Abate, rodeado de ángeles y de la rosa de los beatos, los miraba a todos desde arriba. Más allá del noveno cielo.

La suave música de fondo provenía del viejo tocadiscos colocado en una estantería, entre botellas de licores y libros de todo tipo. En todo el bar había tan solo un vinilo que nunca se quitaba del aparato. En su carátula se reproducía la imagen de un hombre que abrazaba un violín contra su pecho. Tras su cabeza, unas letras grandes y blancas informaban de que el solista se llamaba Milstein.

El vinilo estaba muy rayado. Había zonas que ya no reproducían música, sino tacos. Cuando la aguja rasgaba, se escuchaba una voz de hombre con acento extranjero soltando ordinarieces, sin venir a cuento. En esos momentos, Ernesto decía:

—Ese Milstein, para ser ruso, maldice de maravilla en español. Es que lo primero que aprenden los guiris son las palabrotas. Con lo bonito que es saber pedir un café en castellano…

Al inicio, nadie daba crédito, pero poco a poco concluyeron que Milstein

era un violinista genial, pero un ordinario.

De todas las *Sonatas* y *Partitas* de Bach, solo quedaba intacta la pista con la *Partita número 2*. En cuanto se terminaba, Ernesto soplaba tres veces la aguja, como para marcar el ritmo, y volvía a asentarla sobre el disco, con precisión absoluta. «¡Que Bach nunca falte!». Y así cada treinta minutos, en un bucle eterno, desde hacía tantos años, de día y de noche. Los escritores del Doce Opalinas eran animales de grandes rutinas y, sin Bach, poco o nada conseguían escribir.

A pesar de ser un bar de escritores de servilletas, en la barra se vendían también cuadernos. Los clientes los compraban convencidos de que todo escritor debería llevar uno encima, aunque los autores del Doce Opalinas, habituados a escribir sobre servilletas, usaban aquellos cuadernos para guardar sus servilletas y atiborrarlos de literatura. Durante los cónclaves rituales de los velatorios, esa falsa encuadernación facilitaba la tarea de poner en orden las servilletas con la obra de los difuntos.

Además de los cuadernos, Ernesto ofrecía bolígrafos y plumas estilográficas. Y, desde luego, café. En realidad, gracias al café que preparaban en el Doce Opalinas, la mayoría de los clientes se convirtieron en escritores. Incluso Ernesto, en sus ratos muertos, se preparaba a sí mismo un capuchino e intentaba escribir como todos sus clientes, sobre servilletas. Primero preparaba los ingredientes: el café, la leche, la rama de canela. Luego las herramientas: un rallador, un colador, un cazo, una taza y un platito. Cerraba los ojos, alzaba la cabeza y meneaba la ramita de canela por delante de la nariz durante aproximadamente un minuto. Su ritual continuaba usando la rama de canela durante otro minuto a modo de batuta de director, marcándole el ritmo al amigo Milstein. A continuación, la rallaba con gestos precisos sobre el colador que sujetaba con la mano izquierda, y con la derecha daba unos golpecitos precisos, pulverizando casi todo el polvo sobre la espuma. Al final se sonaba la nariz en un pañuelo impoluto. Como colofón, aspiraba los últimos serrines que quedaban en el tamiz. Cada vez que tomaba un sorbo de ese capuchino, dilataba las fosas nasales como un gorila. Uno de los pocos momentos en que podía controlar el tic de subirse las mangas era cuando se tomaba este café. Tras el primer sorbo, miraba a los ojos a don Empíreo, movía la cabeza de arriba abajo, y decía: «Esto va por ti, abuelo, estés donde estés. Gracias por todo lo que me has enseñado». La servilleta se quedaba siempre blanca. Jamás consiguió escribir una sola palabra.

Lo que de verdad incordiaba a los escritores del bar era el desembarco de los turistas. En la puerta había un cartel grande que lo dejaba bien claro: «¡TURISTAS, NO!». Aun así, de vez en cuando se colaba alguno. Sobre todo, extranjeros, o turistas nacionales que se hacían el sueco con total de sacarse fotos sentados en una de las mesas de la meca de los escritores de servilletas. Esperaban hasta que uno de los escritores iba al servicio; se sentaban en su silla; apagaban y volvían a encender la Opalina; decían «¡quesiiiiitoooo!», y se sacaban la foto. A continuación, se tomaban una caña en la barra y después

salían por la puerta, sin haber dejado propina, a la caza de otro objetivo turístico digno de ser inmortalizado con sus cámaras. No eran pocos los que se traían un sombrero, una pulsera, o bien un jersey —cualquier complemento de color verde—, para que combinase bien con la luz de las Opalinas. Alguno, incluso se compraba un cuaderno y una pluma y fingía escribir algo, mientras se sujetaba la sien entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, frunciendo la frente y las cejas en señal de pensamiento profundo. A los turistas se les cobraban los cuadernos y las plumas veinte veces más caro que a los clientes habituales, pero ni siquiera ese detalle económico los espantaba. Había una especie de código entre el camarero y sus clientes de siempre. En cuanto vendía una pluma y un cuaderno a un turista escritor, Ernesto, desde detrás de la barra, lanzaba la voz: «¡Atentos todos, que hay un *hemingüito* armado!». En aquel momento, los escritores del Doce Opalinas se echaban las manos a la cabeza y procuraban tardar mucho más de lo habitual en usar el servicio, tanto como se lo permitían sus longevas vejigas.

En el Doce Opalinas, cada escritor tenía su café preferido. Ernesto conocía las preferencias de cada cliente, pero don Sempronio, el decano de los literatos, era diferente a todos. Casi nunca se tomaba dos veces seguidas el mismo tipo de café.

Aunque prevalecían sin duda las servilletas, de todos los escritores del Doce Opalinas, don Sempronio era el que más utilizaba el cuaderno. Tenía uno con tapas de cuero, en cuyas páginas él mismo había apuntado un listado de todos los cafés que se preparaban en el bar. Al lado de cada tipo de café, apuntaba alguna consideración personal sobre la elección del café desde el punto de vista de la creación literaria. En la primera página de su cuaderno, con objeto de no olvidarlo y, en caso de necesidad, poder siempre volver a leerlo, tenía apuntada su lista:

¿PARA QUÉ SIRVEN LOS CAFÉS?
Solo: para encontrar los títulos de los capítulos.
Corto: para escribir relatos con giros inesperados.
Manchado: para bautizar los personajes.
Americano: para perfilar el tema central.
Largo: para atar el final de un gran relato.
Con hielo: para enfriar las escenas de cama.
Capuchino: para relajar la tensión y dar una tregua bien merecida al protagonista.
Carajillo: para los momentos de soledad, falta de inspiración y miedo a la muerte; también ayuda a recordar cosas que se van olvidando.

Cuando estaba en grandes apuros y le abandonaban todas las musas a la vez, don Sempronio pedía el carajillo cargado de lágrimas negras. También lo tomaba cuando se sentía muy solo, o cuando no recordaba el camino hacia su mesita de siempre. Porque don Sempronio, con los años, contrajo el mal del

olvido; por ello lo apuntaba todo.

Cuando el miedo a morirse se apoderaba de su alma, hacía una excepción y pedía dos carajillos seguidos.

Una noche, mientras todos escribían febrilmente a la luz de las Opalinas, se puso de pie y, servilleta en mano, declamó en alto la última frase que acababa de escribir: «Los escritores nunca estamos más cerca de la muerte que el día que nos abandonan las musas y los recuerdos».

Desde el noveno cielo de Dante, se escuchó un: «¡Olé tus huevos!». Ningún escritor levantó la mirada de sus servilletas. Daban por hecho que el ruso del tocadiscos se volvió a enojar. A esas alturas ya estaban todos curados de espanto.

Don Sempronio se volvió a sentar. Cada vez que lograba una frase redonda en un texto, la volvía a apuntar aparte, en una servilleta de las más absorbentes. Desenfundó la pluma destinada a las frases emblemáticas. Don Sempronio tenía dos plumas: una para los textos comunes y otra para las frases más representativas. Palabra a palabra, con mucha parsimonia, volvió a copiarla: «Los escritores nunca estamos más cerca de la muerte que el día que nos abandonan las musas y los recuerdos». Finalizó el ritual y guardó la servilleta en el cuaderno. Pidió un segundo carajillo. Lo tomó con lágrimas en los ojos. Pagó, y se fue por la puerta. Tardó dos semanas en volver al bar. Durante este tiempo, los *hemingüitos*, bien armados, se apoderaron de su mesa como chacales.

Don Sempronio jamás se sentaba en la barra. Tenía su mesita al lado de la ventana más grande. Pero un día, por primera vez en cuarenta años, hizo una excepción. Le llamó la atención un cuaderno con las tapas de cuero curtido que reposaba sobre la barra.

—Ponme un carajillo —dijo don Sempronio y, sin despegar la mirada del cuaderno, se acomodó sobre el taburete.

—Ya se está aficionando a tomar café en la barra. Échate a temblar cuando un viejo lobo adquiere nuevas costumbres. Don Sempronio, ¡a usted le está pasando algo! ¡A saber qué musa le habrá picado!

—Pero ¿¡qué dices!? Si es la primera vez en mi vida que lo hago.

—La primera por hoy, don Sempronio. Ayer se tomó en la barra un café largo y un manchadito con la leche templada. Yo ya le digo: ¡A usted le está pasando algo!

—No me pasa nada, muchacho. ¡Nada! —le respondió el anciano mirando disimuladamente el cuaderno—. Anda, ponte con mi carajillo, que me esperan las castálidas.

—Un carajillo, ¡marchando! No hay que hacer esperar nunca a las musas, don Sempronio, porque, de lo contrario, se van con el más guapo —dijo Ernesto con cara de taimado.

—Tu manera de preparar este carajillo, muchacho, hace honor a tu abuelo. Lo que te enseñó don Empíreo nadie te lo puede quitar. El carajillo del Doce Opalinas es patrimonio de la humanidad, Ernesto. Tal cual te lo cuento.

Ernesto nunca había escuchado un piropo más elaborado.

—Es usted un pelota, don Sempronio.

Don Sempronio no replicó, porque como era un poco sordo, tomó «pelota» por «poeta», e incluso le pareció bien.

Ernesto se subió las mangas: ¡zas!, ¡zas! Lanzó un limón al aire con una mano y lo cogió con la otra; le quitó la piel y lo rompió en trozos pequeños en un cazo. Allí mismo lanzó seis granos grandes de café. Agua y fuego. Cuando el agua estuvo a punto de hervir, echó dos cucharadas grandes de café. Esperó un solo hervor. Retiró el cazo y lo dejó reposar. Del centro de la estantería de espirituosas cogió una botella de brandi, le quitó el tapón y echó un buen chorro en un cazo más chico todavía.

—Deja llorar bien a la «negra» —le dijo el anciano, en alusión al color de la botella de Luis Felipe que guardaba uno de los mejores brandis para quemar en un carajillo.

—¡Mire cómo hago llorar a la condenada, don Sempronio!

Se remangó dos veces seguidas. Con una mano, lanzó la botella por el aire y la cogió con la otra. Echó otro chorro. Repitió la acrobacia, pero mientras la botella volaba, el camarero mismo hizo una pirueta. Y otro chorro considerable acabó en el cazo.

Don Sempronio no se enteró de nada. Tenía los ojos cerrados, pensando en cómo podría compactar alguna frase magistral.

—¡Ay don Sempronio, se me está usted quedando frito en el medio de la actuación!

—Solo los profanos duermen, muchacho. Los escritores apenas descansamos la vista de vez en cuando. —Y, antes de continuar, señaló con los dos índices su propia cabeza—. Pero por dentro de la fábrica, la máquina de los sueños nunca para.

—Ya que hablamos de esa máquina, ¿me permite una pregunta, don Sempronio?

—¡Adelante, jovenzuelo!

—¿Usted por qué escribe?

—Te la estás buscado con la preguntita. Toma asiento, que eso va para largo: escribo por la inercia del narcisismo. No me pararon los pies de niño, cuando todo el mundo quería jugar a los indios y vaqueros, y yo quería jugar a ser Dios. Tal y como lo oyes: cogía un puñado de palabras, las lanzaba al aire y las dejaba caer sobre las páginas blancas de mi cuaderno. En cuanto se formaban las frases, las leía deprisa y suspiraba. Por entonces, para mí, ese suspiro era lo más parecido al soplo divino. Escribo para tratar de entender a aquel evangelista que dijo que «la palabra se hizo carne y habitó entre nosotros». Escribo porque se lo debo a Shakespeare y a Bulgákov, a Esquilo y a Kafka, y a doña Hariclea, mi profesora de literatura, que el Señor la tenga en su divina gracia: ella hizo lo posible para alejarme de la pandilla de cretinos con la cual andaba; era la única que me hacía creer que tenía el don. Escribo porque soy un egoísta enfermo que ha encontrado en las palabras la cura de

todos los males, y guarda para sí la píldora mágica. Escribo porque me gusta leer en silencio, entre lágrimas y en soledad a los que saben escribir de verdad. Soy un animal híbrido, una amalgama entre presa y depredador. Sobrevivo devorando lo que leo y me dejo consumir por lo que escribo. Escribo para escaparme del papel de extrovertido que he lucido toda la vida para disimular mi olor de alimaña vulnerable. Soy un inadaptado de vocación y un cobarde. Cada vez que salgo de la cama empiezo a *inadaptarme* a un entorno que no reconozco, a unos dogmas que no promulgo. Vivo del lujo que me otorga la cobardía: poder esconderme a todas horas detrás de la palabra que quiera, las veces que lo necesite. Escribo porque ese es el pretexto para no tirarme por un puente y para levantar mi culo viejo del sofá en el cual a veces incluso escribo. Escribo porque no hay mejor excusa para salir de casa, sentarme en mi mesa, encender la Opalina, coger aire y soplar sobre una taza para que se temple el café y las musas se pongan cachondas. Ese sí que es el soplo divino.

—Eso del soplo divino lo entiendo a la perfección, don Sempronio. Cada uno jugamos a ser Dios con aquello que nos apasiona.

—No has entendido una mierda. Yo nunca juego.

Para no enfadar al anciano, el camarero volvió a su trabajo. Dejó la botella sobre la estantería. Añadió un poco de azúcar y puso el cazo sobre el fuego. El azúcar se mezcló con el brandi. Al cabo de unos segundos, el alcohol acabó ardiendo y liberando unas espectaculares llamaradas azules. Ernesto se subió otra vez las mangas. Preparó una taza grande en la que echó primero el café, ayudándose de un colador pequeño donde se quedaron los trozos de la cáscara de limón, la virutilla de café y los seis granos enteros. A continuación, echó sobre el café el brandi quemado que aún llameaba. Con dos dedos cogió el grano más abombado y lo dejó en el platillo dorado.

—Su carajillo, don Sempronio; dulce y achicharrado.

Antes de nada, don Sempronio cogió del platillo el grano de café y, mientras lo contemplaba largo y tendido, dijo:

—Dulce, achicharrado y con un ojo pequeñito que es testigo de ese gran arte que tú tienes, Ernesto.

Lanzó el grano con mucha destreza hacia su boca abierta. Lo apretó un ratito entre los dientes para sacarle más jugo y tomó el primer sorbo de café sonriendo, mirando sin cesar hacia el cuaderno de cuero. Cada vez que le daba un sorbo al carajillo, se ajustaba los labios a modo de belfo, tragaba y después movía el grano de café de un moflete al otro. El macho alfa de estos animales de grandes rutinas era, indiscutiblemente, don Sempronio.

—Chico, tu abuelo tenía una frase sobre el arte de tomar café. Pero no me viene ahora a la cabeza. Era mítica. ¿La recuerdas tú?

—Y tanto que la recuerdo, don Sempronio: «Solo los imbéciles toman café. Los artistas beben una pócima mágica en la cual se bañan desnudas las musas».

Al lado de la bandeja de magdalenas yacían multitud de revistas. Don

Sempronio cogió la que colmaba el montón y, con disimulo, la colocó abierta, tapando por completo el cuaderno.

Al meter la mano por debajo de la revista, experimentó el mismo fervor que hacía sesenta años había experimentado en su primera aventura erótica: en el antiguo cine de su barrio, sus dedos jugaban al escondite por debajo de la falda de una chica cuyos labios sabían a palomitas recién tostadas. De la misma manera avanzaban sus dedos en esa ocasión, uno tras otro, en una marcha secreta hacia el cuaderno. Nada más tocar las tapas de cuero, se acoplaron a ellas igual que en su día lo hicieron con el monte de Venus de aquella joven. Don Sempronio luchó por recordar, pero el nombre de la muchacha también lo había devorado el olvido.

Ernesto, viéndole la cara sudorosa, le preguntó preocupado:

—¿Le pasa algo, don Sempronio? Tiene usted muy mala cara hoy, todo hay que decirlo…

—¡Y dale con que me haya pasado algo! Estoy mejor que nunca, muchacho —le dijo el hombre secándose el sudor con la otra mano—. No te preocupes por nada.

Ernesto sacudió la cabeza y se fue al otro extremo de la barra mientras, bajo la revista, continuaba la historia de amor entre un príncipe disfrazado de anciano y una princesa disfrazada de cuaderno de cuero.

Don Sempronio tenía la mano bien metida entre las páginas, cuando tocó con el dedo corazón un papel rebelde de otra textura. Se apresuró a sacarlo de allí y, al examinarlo, comprobó que era una servilleta sobre la cual, a pluma, estaba escrita la frase más pintoresca que había leído nunca:

«Me siento más solo que el hilo del que pendía el tanga de la última mujer que amé».

Tenía la certeza de que ese cuaderno había que guardarlo escrupulosamente. Pensó que algún escritor lo habría olvidado allí. No lo dudó: aunque nunca en su vida había robado nada, metió el cuaderno en el bolsillo interior de su americana, sacó el único billete que tenía en la cartera, lo dejó encima de la barra y, sin esperar la vuelta, bajó del taburete y se precipitó hacia la salida.

—Adiós, Empíreo, nos vemos mañana —dijo, bastón en alto y de espaldas al camarero.

Ernesto se quedó tan sorprendido que apenas le dio tiempo a decir:

—¿Empíreo? Muchas gracias, don Sempronio, ¡Mire que es usted raro! Pero gracias, de verdad.

Nadie le había dejado una propina tan suculenta, jamás. Y con uno de sus gestos francos, después de subirse las mangas una vez más, puso la revista sobre el montón. Justo al lado de las magdalenas.

Don Sempronio abrió la puerta para salir, pero se quedó de piedra.

—Debes perdonarme, ¿sabes, Agripina? Debes perdonarme, por favor.

En la puerta no había nadie. La única Agripina que había conocido era su esposa, que llevaba quince años muerta.

—No sé dónde me habré dejado el sombrero. El abrigo tampoco. Pero tengo una frase en la cabeza. Una gran frase.

Una ráfaga de viento se había colado de manera inopinada en el local. La puerta se cerró demasiado fuerte, dejando en el Doce Opalinas un ruido aterrador y a don Empíreo, un poco torcido.

Con el portazo no se movió solo la foto, sino que las doce Opalinas parpadearon un buen rato; el viejo cuadro de luces, colocado al lado de la puerta, era ya muy sensible a vibraciones inoportunas. En cuanto la alegórica luz de las Opalinas se aquietó nuevamente, volvió a envolver el bar en el mismo halo esmeralda de toda la vida.

A Ernesto se le desbocó el tic y, en vez de una, se subió las mangas tres, cuatro veces seguidas. Se ponía de mal humor cuando el viento irrumpía bruscamente y tenía que aguantar semejantes portazos en su local. A veces, debido al viento, la persiana exterior bajaba unos centímetros y el camarero tenía que salir a la calle para volver a subirla con una manivela vieja que estaba incrustada en la fachada, al lado de la puerta.

Enderezó la foto y, mirando al antiguo dueño del Doce Opalinas a los ojos, le dijo:

—No sé qué habrá sido eso, pero… cuando las Opalinas se echan a temblar…, ¡mal augurio, abuelo; mal augurio! ¡Además, don Sempronio acaba de hablar con doña Agripina!

Ernesto cogió por el brazo al anciano y le ayudó a sentarse.

—¡Ya pasó, don Sempronio! ¡Ya pasó! Espero que no le parezca mal que se lo repita, pero a usted le está ocurriendo algo. Le preparo en seguida una tila.

La puerta se abrió de nuevo y entró Lena.

Hipnotizado por los labios rojos de la hija de don Sempronio, por sus caderas y por su melena dorada, Ernesto era capaz incluso de congelarse el tic de las mangas.

—Buenas noches, Lena. ¿Te pongo algo?

—Buenas noches, Ernesto; buenas noches, papá. Venga, ponme un té de limón, que os voy a dar una buena noticia.

—¿Quién eres tú para llamarme «papá»? —preguntó don Sempronio.

—Bueno, no empieces otra vez con esto, ¿vale? ¡Hoy no! ¡Por favor te lo pido!

El corazón de don Sempronio latía desbocado contra el cuaderno que había robado. Las musas estaban de vuelta. En su cabeza, partiendo de la frase que ya tenía, empezaba a tomar forma un nuevo relato. Y para no olvidarlo, se dio la vuelta, cogió un par de servilletas y, como nunca antes lo había hecho, se puso a escribir de pie, sobre la barra:

Un octogenario se encuentra con una bella mujer en la puerta de un bar. Podría ser su hija. De hecho, lo es. Pero por alguna extraña razón, no consigue siquiera recordar su nombre y se siente solo. Más solo que el hilo del que pendía el tanga

de la última mujer que había amado. Y aunque esa frase tendrá sus detractores, por ser impropia para un anciano, es así como voy a empezar el relato. Una frase rompedora, para subir la tensión; para que lean sin pestañear hasta el final. Mañana mismo le voy a pedir al chico un café americano y dos docenas de servilletas de las que chupan la cantidad justa de tinta. Me sentaré en mí mesa y plasmaré esa historia. Al viejo le pondré mi propio nombre. Y a la mujer la llamaré María Amnesia. ¡Hala!

Don Sempronio era uno de estos escritores incapaces de ponerse a escribir si no había bautizado a todos sus personajes.

Lena se tomó el resto de té de un trago; ayudó a su padre a ponerse el abrigo y el sombrero, y pagó. Luego se quedó un momento esperando la vuelta con la mano tendida.

Sin que la mujer se percatase, el camarero le leyó de reojo la palma. Las líneas de la cabeza, de la suerte y de la vida se parecían mucho a las suyas. La del corazón, no tanto.

Padre e hija se fueron por la puerta. Por si acaso el viento se volvía a manifestar, Ernesto sujetó la foto de su abuelo.

Ya en la calle, Lena preguntó a su padre:

—¿Y tu cuaderno?

—¿Cuaderno? ¿Qué cuaderno?

Lena asomó su melena dorada de nuevo por el marco de la puerta. Sus labios tintos le susurraron al camarero con complicidad y preocupación:

—¡Ernesto!, si encuentras el cuaderno de papá, guárdalo bien, por favor, ¡que ya no sabe vivir sin él!

Sin piedad

Se me pasó la vida amando una sola mujer sin que ella lo supiese jamás.

Piedad y yo vivíamos en el mismo barrio; íbamos a la misma escuela, pero durante todos estos años ella no se paró a mirarme ni una sola vez. O quizá sí, pero sin haberme visto nunca. A los veinte, empezó a trabajar de dependienta en la librería Entre Tapas, situada en el bajo de mi casa. Yo, a los dieciocho, abandoné mi sueño de ser forense, y con veinte acabé trabajando en Las Puertas del Cielo, la funeraria más reputada de la ciudad. Entre los dieciocho y los veinte, apenas me levantaba del sofá. De estos dos años guardo malos recuerdos; mi mirada se agarra aún a cualquier vacío con una facilidad pasmosa, y me sobran treinta kilos de grasa que fui acumulando a base de patatas fritas, bollería industrial y tartas de chocolate.

A Piedad y a mí no nos iba mal; los dos teníamos trabajos vocacionales, buenos sueldos, alguna que otra propina y la paga extra por Navidad. Todos los sábados íbamos al cine, y los domingos solíamos dar largos paseos por el parque. Piedad tenía un caniche color caoba y muchas ganas de vivir. Yo, no.

Compartíamos todos los fines de semana, pero como toda pareja, nos respetábamos el espacio vital y nos concedíamos momentos de soledad. Para mí era vital compartir más tiempo juntos, así que se me ocurrió empezar a leer un libro cada semana.

Antes leía únicamente tratados de anatomía, pero desde que estoy con Piedad —en los últimos treinta y dos años— he comprado en su librería más de mil libros. Los tengo por toda la casa. Y aunque jamás he regalado nada a nadie en mi vida, todos esos ejemplares que compré los pedía envueltos en papel de regalo. Utilizaba ese pretexto para estar el máximo tiempo posible a su lado. Su pasatiempo preferido era el origami, por eso su manera de envolver los libros era todo un arte. Siempre discreta, nunca me preguntó para quién eran todos esos presentes. Bueno, en realidad —salvo en una ocasión—, Piedad nunca me preguntó nada. Cortaba el papel de regalo con un gesto seco, preciso y alífero. Colocaba con diligencia el libro en el centro de la hoja y,

con una serie de dobleces bien pensados, lo envolvía. Repasaba los ocho pliegues estratégicos con las yemas de los dedos índice y corazón. Si era necesario, enderezaba con escrupulosidad cualquier arruga. Cada vez que sus manos tocaban ese papel satinado, también pellizcaban mi alma, y mis ojos recobraban el brillo perdido a causa de tanta lectura nocturna. Y aunque para una artista del origami era pecado usar el celo, Piedad, constreñida por su jefe, remataba con una minúscula tira la solidez del paquete. Cuando se acababa el celo y se veía obligada a empezar otro rollo, se ayudaba de los incisivos para arrancarlo y colocarlo en el dispensador, y entonces yo me quería morir de placer.

He de reconocer que siempre cruzaba los dedos para que el rollo de papel de regalo se atascase. Para desprenderlo del tubo de cartón tenía que emplearse a fondo, y, con cada sacudida, sus senos titilaban un rato por debajo del uniforme azul de dependienta. A lo largo de los años, el tubo se atascó apenas cuarenta y cuatro veces. Así que la amé en secreto cuarenta y cuatro veces, no más.

A día de hoy, Piedad tiene cincuenta años y, aunque el tiempo también haya pasado por sus senos, todavía se quieren salir de la blusa azul cada vez que el papel se atasca. Es entonces cuando los pájaros salvajes de mi imaginación alzan vuelo hacia los pechos de Piedad, liberados, para luego regresar mansamente por la elegante trinchera de su escote.

El toque final del rito de empaquetar un libro en papel de regalo consistía en soltarlo sobre el mostrador de cristal, levantar con rapidez las manos, enseñando las palmas como si de un prestidigitador se tratase, y decir: *«Voilà!»*. El dominio del francés convertía a Piedad en la mujer más refinada del barrio.

Seguidamente me indicaba el coste, claro. Cuando el precio llevaba decimales, yo estaba en la gloria. ¡Dios! El dibujo de sus labios cantando «veintiocho con noventa y nueve» no se me iba de la cabeza en toda la semana.

Pues sí; desde que tengo veinte años le compro libros a Piedad. A razón de un libro a la semana, desde hace treinta y dos años. Cincuenta y dos semanas tiene el año, cincuenta y dos libros le compré cada año. Eso hace un total de mil seiscientos sesenta y cuatro libros. De *El diario de un loco*, de Gogol, me compré ocho ejemplares. Nada más terminaba de leer ese libro, corría hasta la librería y lo compraba de nuevo. Lo estrenaba siempre con la misma ilusión, como si fuese a olerlo por primera vez. Lo compré tantas veces más que nada por el olor. De toda mi biblioteca, es el libro que más huele a libro nuevo.

Ayer, por su santo, tuve la bizarría de comprarle a Piedad un ramo de flores. Dudé entre rosas rojas y crisantemos. Abandoné pronto la idea de las rosas por su fuerte significado, y fallé a favor de un surtido multicolor de crisantemos. Es cierto que todos los días en mi trabajo, allá donde miro, veo un ramo de crisantemos, pero me siguen cautivando. En alguna parte he leído

que esas flores simbolizan tanto la eternidad como la fidelidad, así que con más razón las compré.

Piedad recogió el ramo y, anticipándose a mi timidez, se dirigió a mí por primera vez y me preguntó con acento francés:

—¿Cómo te llamas?

—Manolo —le respondí.

—¿Manolo o Manuel? —insistió.

—Pues… Manolo. Te invitaría a un café después del trabajo.

—No, gracias —respondió, y mirando al siguiente cliente a los ojos, le preguntó—: ¿Usted qué desea, caballero?

Esperé a que el señor comprase una agenda de cuero y le pedí a Piedad un último libro: *Espejos*, de Eduardo Galeano. El papel de regalo se atascó, pero esa vez le dije que no lo quería envuelto.

Antes de leer un libro, lo huelo. Aquel olía a tinta de huecograbado, capaz de secarse por evaporación de los disolventes en contacto con el aire. Esa tinta es el Chanel Nº 5 de las tintas que se usan en las imprentas de libros. Cuando uno lee con este perfume instalado en su nariz, entiende a los autores de inmediato y la lectura se hace muy grata.

Una vez en casa, me entregué a Galeano para olvidar lo sucedido en la librería. Cuando estaba por la mitad, sobre las dos de la madrugada, me encontré esta frase:

«El amor que pasa, la vida que pesa, la muerte que pisa».

Llegado a esa línea, no fui capaz de seguir leyendo ni una sola palabra más. Empecé a llorar —yo, que nunca lloro— y, en vez de pasar la página, regresé al principio del libro. A las cuatro de la madrugada, llegué por segunda vez a la misma frase: «El amor que pasa, la vida que pesa, la muerte que pisa». Después de haberla leído cien veces más, cerré las tapas y apagué la lámpara.

Metí la cabeza debajo de la colcha vieja, pero me negué a cerrar los ojos. A menudo, escudriñando en la oscuridad, encuentro más pena; otras veces, aún más negrura. En aquel momento me reuní con Daga, la única mujer con la cual engañé a Piedad. Daga era la lanzadora de puñales del terrible circo que tenía montado en mi cabeza. Yo era el hombre diana, atado a la rueda de madera contra la cual Daga lanzaba noche tras noche puñales encendidos. La rueda giraba muy rápido y más de una vez los puñales me rozaron el cuerpo. En una ocasión, un estilete me atravesó un costado. Apreté los dientes, cogí aire por la nariz varias veces seguidas, dibujé una sonrisa de volatinero en apuros y, antes de desmayarme, le dije a Daga que no se le ocurriese parar la función. Aquella noche, esa mujer se enamoró de mí y me enseñó a vivir al filo de la navaja el resto de mi vida. Daga no tenía un caniche color caoba. Yo tampoco.

Sobre las seis de la mañana abandoné por un rato a mi amante en la oscuridad de debajo de la colcha, encerré todas las fieras en sus jaulas de oro, y apagué las luces del circo. Me abrigué con la bata, cogí el libro con la

esperanza de poder superar aquella frase y bajé a la cocina. En la nevera, una tarta intacta de chocolate, sobre la cual apenas se mantenían de pie las velas que nunca se encendieron por mi quincuagésimo segundo cumpleaños, un envase de leche y un espray gigante de nata. Nada más. Bueno, y *¡Adelgaza ya!*, un libro que, con el tiempo, adquirí la costumbre de guardar en la nevera, por aquello de ser consciente de lo que me llevaba a la boca.

Antes de empezar el festín, abrí la Caja de Pandora que guardaba a buen recaudo sobre la mesa de la cocina, y cogí dos pastillas de esas que, por algunas horas, consiguen mantener a distancia a casi todos los monstruos del Circo Manolo. Abrí el grifo y me abrevé directamente del chorro, para tragarme cuanto antes los psicotrópicos.

Coloqué sobre la mesa el único plato que se había salvado de toda mi vajilla. A lo largo de los años, por alguna razón, todos los demás los había ido estrellando contra el suelo de la cocina. A la izquierda del plato coloqué un tenedor y, a la derecha, un cuchillo. Me comí la mitad de la tarta. Quité las dos velas que formaban la cifra 52. Los agujeros que dejaron se abrieron delante de mí como las mandíbulas pavorosas de un lobo. Mis pupilas se quedaron atrapadas en aquellos hoyos por donde empezó a derretirse un poco de crema. Cerré los ojos y, sin cuchillo ni tenedor, me metí en la boca lo que quedó de la tarta. Al masticar, me mordí un labio hasta la sangre y, antes de tragar aquel bolo enorme, lo aplasté contra el paladar durante minutos. Poco después de que el azúcar empezara a desleírse en mi boca, mezclándose con la saliva calentita y empalagosa, volví a sentir la tiesura de mi entrepierna igual que cuando a Piedad se le atascaba el papel de regalo. Abrí la nevera y me tomé la mitad del envase de leche sin coger aire ni una sola vez.

Del techo de la cocina se desprendían partículas de la vieja pintura que, antes de acabar sobre mi pelo y sobre mi espalda, se quedaban flotando un rato en el aire. «La primera nevada del año se adelantó un poquito» —pensé y, a continuación, la ventana, como si de un espejo se tratara, me devolvió la imagen de mi monstruo más temido: piel nívea, pelo canoso, y gordo. Muy gordo. Como un gorila. Cogí el plato y se lo tiré a la cabeza. Me quedé de pie, cara a cara frente al abismo que se colaba por el hueco que mi último plato dejó en la ventana.

La persiana de Entre Tapas estaba hecha de centenares de eslabones de acero. Cuando Piedad la levantaba, todo el barrio cascabeleaba unos instantes. Y, *voilà!*, por el cristal roto entraron un par de cascabeles extraviados y una brisa suave que abrió el libro de Galeano justo por la página que se me había atascado durante la noche. De tanto leerla se había desgastado, dejando en el texto un trozo en blanco y menos aroma entre sus páginas.

Me abalancé una vez más sobre la nevera y cogí el espray de nata. Como si fuese un grafitero, escribí sobre los azulejos las doce palabras: «El amor que pasa, la vida que pesa, la muerte que pisa». Quería dejar algo para la eternidad. Pero la nata se escurrió libidinosa por los azulejos y borró mis últimas palabras. Vacié sobre la mesa todas mis «golosinas» de la Caja de

Pandora. Las miré, despidiéndome de todas y cada una de ellas en parte. Una hora más tarde, con mucho ahínco, píldora a píldora, terminé de escribir la frase de Galeano con estupefacientes y psicotrópicos. Habría necesitado cuatro más para poner las comillas, pero ya no me quedaban. No podía dejar la frase sin entrecomillar. Lo último que quería era que me tomasen por plagiador. Así que me puse de rodillas, apoyé los labios contra el chaflán de la mesa, abrí la boca y aspiré las malditas palabras una a una. La leche que aún quedaba en el envase facilitó el descenso de las canicas mágicas hacia mi estómago.

Enlutada, Daga bajó la escalera. Se quitó el cuchillo que siempre llevaba entre los dientes. Se sentó sobre mis rodillas, catando con sus retinas un viejo reloj de arena al que hace cincuenta y dos años ella misma había dado la vuelta. Nos dimos un beso. Mi primer beso, que sabía a póstumo. Por el cuello estrecho de cristal se coló el último grano de arena. Las puertas de las jaulas se abrieron de repente, y las fieras empezaron a correr cachazudas, sin mirar atrás. Entre todas ellas había un lobo al principio enorme pero cuyo tamaño mermaba con cada paso, hasta acabar siendo un caniche color caoba. Una mujer le lanzaba un palito cada vez más lejos.

Sin piedad.

El dibujante de sombreros

No es fácil pasarse la vida en una cesta de ropa sucia, mirando el mundo desde detrás del entretejido de mimbres como si de un ventanuco de confesionario se tratase.

*

Hoy —como de costumbre—, al volver del trabajo, el padre se tomó con tragos muy largos media botella de licor barato de ciruelas. Descolgó de la pared el retrato de su mujer; lo besó; lo salpicó con lágrimas de borracho y a poco rato se quedó frito con él en los brazos. Si no fuera por los ronquidos, podría haber pasado por un muerto gordo yaciendo sobre el sofá.

Una hora más tarde, el intenso dolor de su entrepierna hizo despertar al bello durmiente.

—No, no estás soñando, aunque quizás la peor pesadilla de tu vida acaba de empezar —le dijo Prince, ajustándole la brida que le sujetaba las manos, y apretando aún más la pinza de atrapar serpientes con la cual tenía agarrados los entumecidos testículos de su progenitor—. ¡Levántate!

—¿Pero esto qué es? —preguntó el padre con voz resacosa.

Prince, contemplando con aire docto el artefacto que tenía agarrado por el mango, respondió:

—Verás, padre… A ver cómo te lo explico para que lo entiendas rapidito, ya que nosotros dos tenemos cosas muy importantes que hacer hoy. Tú igual crees que es una ida de pinza mía (nunca mejor dicho), ¿verdad? ¡Pero no, papá, no! ¡Qué va! ¡Para nada! Esto es solo una pinza articulada para la manipulación segura de serpientes peligrosas. Con esta pinza se consigue mantener a los reptiles a una distancia prudencial. Bueno, en caso de necesidad, puedes coger a tu padre por los huevos y llevártelo a donde tú

quieras. El mango cuenta con un gatillo que acciona la pinza del otro extremo. Tiene una forma anatómica que garantiza un buen agarre, es muy cómoda y permite trabajar con facilidad y precisión. ¡Tócate los huevos! —Y empezó a reírse con cinco carcajadas amenazantes, absolutamente iguales, que parecían medidas con el metrónomo: «¡Ja, ja, ja, ja, ja!».

—¿Por qué me haces esto, hijo?

—¡Cállate! ¡Levántate y camina!

El hombre se levantó del sofá a duras penas y nos siguió.

—¡Deja a mamá en su sitio, vamos!

El gordo volvió a colgar el retrato de la mujer sobre la pared del salón. Por el pasillo oscuro que conducía a la habitación del chico, el séquito del horror se puso nuevamente en marcha. Prince caminaba delante, sujetando con firmeza el mango de las pinzas; el gordo, un metro por detrás.

Yo, abrazada al cuello de Prince, no me pude aguantar: me giré y le saqué la lengua unas cuantas veces al gordo, que debido a esa manera de caminar y de bufar, parecía un estrambótico experimento genético: un animal híbrido entre un ganso y una foca. Prince se paró delante de la puerta de madera maciza de su habitación que exhibía, a la altura de los ojos, un cartel que en dos líneas reflejaba con mucha claridad las ideas de su creador:

Lo esencial es invisible a los ojos
prohibido el paso a los adultos

Por esta puerta entrábamos exclusivamente Prince —mi dueño y señor— y su humilde servidora, exótica inquilina de la habitación prohibida.

La primera vez que entré en esa habitación —me acuerdo como si fuese ayer— lo que más me llamó la atención fue la ventana: recubierta de papeles sepia, ocre tostado o marrón oscuro; supuse que todos esos papeles estaban allí para impedir la entrada de la luz. Sobre los papeles, a carboncillo, se perfilaban croquis muy logrados de todo tipo de sombreros. Por todas las paredes de la habitación, más de lo mismo. Se acumulaban, pegados unos encima de los otros, centenares de dibujos —quizás miles— sobre folios pardos de todos los tamaños. Bosquejo sobre bosquejo, capa sobre capa, sombrero sobre sombrero. Los de abajo conservaban un aire naíf, común a los dibujos de su niñez. No obstante, mirando con atención, los dibujos evolucionaban, llegando a tener madura consistencia. Los de las capas de la superficie eran auténticas obras de arte. Presentaban sombreros muy realistas, delineados con trazo denso, pulso firme y controlado.

Encima del escritorio, un único libro con una sola cubierta, tan desgastada que no revelaba ni siquiera el título. Al lado del libro, un vaso con dos anillas de leche seca y migas. Muchas migas, pero no de pan sino de galletas, que todavía desprendían un olor suave de chocolate rancio.

En el armario, estanterías con sombreros ordenados. Los había de copa, tirolés, y el clásico bombín. Abajo de todo, en la última repisa, descansaban cuatro sombreros cordobeses, color caoba.

Sobre la cama, hojas y hojas de papel ahumado, tizas, carboncillos, lápices, cuchillas para afilar y un montón de envoltorios de galletas de chocolate. Pegado a la pared había un congelador horizontal, modelo «Psicópata», cerrado con dos candados. Solo yo sabía lo que guardaba Prince allí: ratones congelados.

Al lado de la puerta, en una esquina, un perchero pasado de moda y cojo. De sus seis brazos colgaban otra media docena de sombreros de *cowboy*. Todos iguales, color escarlata.

Pegada al perchero, en una esquina, una enorme cesta para la ropa sucia. Allí acurrucada estaba yo casi siempre, mirando el mundo desde detrás del entretejido de mimbres como si de un ventanuco de confesionario se tratase. De hecho, Prince a menudo se tumbaba en el suelo, pegaba su cara a la cesta, y me convertía en su confidente. A lo largo del tiempo me contó entre sollozos, al oído, toda su vida. Yo jamás le dije nada sobre la mía. Bueno, sí, que nací en Bombay, cuál era mi comida preferida, que el sonido de una buena flauta me hipnotiza y este tipo de cosas. Un día me dijo que le asombraba la soledad de mis ojos y que me notaba demasiado distante y fría. Pero como no me preguntó nada más, nada más le he contado.

Hace tiempo, cuando él era un chico, me pidió que le dibujase una oveja y una rosa. Pues sí, tal cual: una oveja feliz y una rosa con pocas espinas. Nunca terminé por entender semejante petición. ¿Que yo le dibujase una oveja? ¿Y una rosa? ¿Yo? ¡Vaya! A veces este chico parecía haber llegado de otro planeta.

Prince obligó a su prisionero a sentarse sobre un taburete pesado y negro, que giraba cada vez que le daba un empujón. Sobre el taburete había una mordaza y un par de bridas de plástico. Yo me escabullí rápido hacia mi esquina. En el aire flotaba un olor a excrementos de reptil, adulterado por el olor a miedo fresco.

—¿Por qué me haces esto, hijo? —le dio tiempo a preguntar, antes de que Prince le asentase la mordaza en la boca convulsa. En vez de ojos, el padre parecía tener unas frenéticas canicas azules, incapaces de quedarse quietas un solo segundo.

Prince se limitó a respirar hondo, a cerrar un rato los ojos y, cuando los volvió a abrir, ya tenía de vuelta esa mirada dulce de niño. Sin demasiada prisa le juntó los pies y le colocó las dos bridas alrededor de los tobillos. Las repasó con un gesto franco y las ajustó otro tanto. Sacó un peine del bolsillo trasero de sus vaqueros negros y le peinó el poco pelo que le colgaba sobre la nuca desparramada. Le quitó las gafas, y con sumo cuidado empañó las lentes con dos soplos calentitos, haciendo un *¡juuu!* corto y suave sobre la derecha y otro *¡juuu!* igualito sobre la izquierda y, con la parte baja de su camiseta de tirantes, se esmeró en limpiarlas, pausadamente. Al terminar, levantó las gafas

por encima de los hombros hasta la lámpara tuerta del techo y, no contento, volvió a empañarlas con otros dos soplos incluso más calentitos y más cortitos. Un *¡juu!* para la de la izquierda y otro *¡juu!* para la de la derecha y, con la misma parte de la misma camiseta, terminó de sacarles más brillo si cabe. Al final de este ritual, con sumo esmero, colocó las gafas sobre la nariz bulbosa del padre y le liberó los testículos de la pinza de atrapar serpientes en la cual estuvieron atrapados todo este tiempo.

Tomó un papel de los miles que había sobre la cama; cogió un lápiz y se puso a dibujar un precioso sombrero, usando a modo de mesa la generosa panza del rehén. A continuación, se sentó a horcajadas sobre sus rodillas, le aflojó la mordaza, le dio un beso sin venir a cuento y le dijo:

—Si gritas, simplemente te mato. —Y poco después, mostrándole el dibujo, le preguntó—: ¿Te da miedo mi dibujo?

El padre empezó a sudar. Si respondía «no», mejor no haber respondido, y si respondía «sí», peor todavía.

—¿Por qué debe darme miedo un sombrero? —se atrevió a preguntar con voz trinchada.

—Porque no es un sombrero —dijo Prince, y añadió—: Si te dan miedo los sombreros, esta habitación debe de ser para ti el puto infierno.

A continuación, se hundió un dedo en la boca y, bien cargado de saliva, lo pasó con detenimiento por las voluminosas cejas del prisionero, alisándolas con esmero.

—Si no es un sombrero…, no sé qué es. ¡Te pido perdón! —añadió el padre sin que nadie le preguntara. ¡Primer error!

—Es una serpiente boa que se acaba de tragar un elefante y ahora hace la digestión. Y, desde este momento en adelante, tú limítate a responder. Jamás hables si ¡yo! no te pregunto. ¿Estamos, grandullón?

Después de haber añadido con trazo firme dentro del sombrero una gran serpiente, y dentro de ella un elefante, le acercó el dibujo a la cara y le preguntó con una voz amable y cálida, sostenida por un ritmo lento y bien sellado:

—Y ahora, papá, ¿qué ves?

—Una serpiente boa que acaba de tragarse un elefante. Ahora sí, bien lo veo. ¡Ya te digo! —respondió dócil el padre, fijando sus canicas aún temblorosas en el techo y parpadeando un poco, como recordando.

—¡Es un sombrero! —gritó fuera de sí el chaval—. ¡Un puto sombrero! Escucha esto —cogió el libro, lo abrió tan rápido como pudo y empezó a leer —:

> *Las personas mayores me aconsejaron abandonar el dibujo de serpientes boas, ya fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. De esta manera, a la edad de seis años, abandoné una magnífica carrera de pintor. Había quedado desilusionado por el fracaso de mis dibujos. Las personas mayores nunca pueden comprender algo por sí solas y es*

muy aburrido para los niños tener que darles una y otra vez explicaciones.

¿Te suena de algo, papá? Esa es mi vida, igualita a un libro abierto. ¿Es que no lo ves? He dibujado toda la vida una serpiente boa que simplemente se ha tragado un elefante y tú te has empeñado en decirme siempre que es un sombrero. —Tragó aire y continuó desquiciado—: Y acabé creyendo que ya no quedan elefantes por el mundo, y tampoco serpientes. Solo sombreros. No soy Durero precisamente, pero podría haber llegado a dibujar de puta madre. ¡Tú! —extendió hacia el padre su índice tembloroso— me has cortado las alas, papá. Ahora te las cortaré yo a ti.

Se acercó por su derecha y le susurró al oído como una auténtica culebra:

—¡A ver *esasssss alitasssssss*!

Le despedazó la camisa, le secó el sudor con los guiñapos de la misma, escudriñó sobre la cama hasta encontrar la cuchilla con la cual afilaba los lápices, y le dibujó, rajándole hasta la aparición de la sangre, unas soberbias alas de ángel por toda la espalda.

—A ver, hijo, ¿por qué no dejamos todo esto a un lado? Hacemos las paces y estudias dibujo si te apetece. Haremos exactamente lo que tú quieras —le dijo el padre a punto de desmayarse.

—Ya sé que haremos lo que yo quiera —respondió Prince con aquel tono meloso, redondeando cada sílaba, en una interminable melodía apacible y grácil—. ¡Lo sé!, ¡mira! —Y con un gesto muy rápido, le clavó la cuchilla en el medio de la espalda. De inmediato, una sangre muy densa se abrió camino entre las alas.

El padre abrió la boca para gritar, pero no se le oía nada. Parecía que se había tragado la lengua. Cerró los ojos y los volvió a abrir varias veces seguidas, mientras asentía con la cabeza en el mismo ritmo con el que le palpitaban las venas varicosas de las sienes. Poco a poco, volvió a cerrar la boca, pero no del todo. Los labios se colapsaron un tiempo en la sonrisa más grotesca que nunca hubiese visto. Prince puso aquella carita de niño bueno, le dio otro beso —todavía más improcedente— y le susurró:

—Más temprano que tarde tenemos que cortar esas alas, papá, porque si te crecen hasta el suelo ya no podrás volar. —Y, en un impecable francés, se dispuso a recitar—: *«Ses ailes de géant l'empêchent de marcher»*. Es de *El Albatros*, un poema de Baudelaire. ¿Lo sabías? Sus alas gigantescas le impiden caminar. ¡Qué vas a saber tú!

—Te imploro que dejes esa locura, hijo. ¡Por tu madre te lo pido! —dijo el padre con una voz tierna, tragándose el dolor, mientras aquella sonrisa nunca vista mudaba en otra que parecía decir «¡venga, volvamos a empezar!».

En vez de partirle la cara por invocar a su madre muerta, Prince se limitó por segunda vez a respirar hondo y a cerrar otro rato los ojos. Se borró de un plumazo la ira del rostro, y de nuevo esa mirada inocente volvió a su cara. Incluso con cierto cariño le respondió a su padre:

—Papá, si no te importa, por favor, deja a mamá donde está. ¿Vale? Y responde a lo que se te pregunta: ¿Te da miedo o no este dibujo?

Prince alzó el brazo izquierdo hacia la pared y alcanzó un dibujo cualquiera. Le abrió la boca, se lo metió dentro, se lo hizo tragar y continuó meloso:

—Es un sombrero, papá, ¿cómo te va a dar miedo un sombrero? —Descolgó otro dibujo y se lo metió también en la boca—: ¿Y un elefante? ¿Te daría miedo un elefante? —Un tercer dibujo acabó en la boca del gordo—. ¿Y una serpiente boa?, grande, grande, muy grande, pero grande de cojones, ¿te daría miedo?

Se acercó a mi cesta, la destapó, y me invitó a salir. Asomé la cabeza y, como de costumbre, empecé a sacar la lengua. Prince abrió los candados del congelador… ¡Ay!, qué ilusión, ¡ya eran horas! Sacó un ratón blanco y, en lugar de tirármelo a mí, se lo metió al gordo en la boca. «¡Nadie come mis *ratitasssssss*! ¡Segundo error!» —me dije a mí misma muy enfadada—. Después me ceñí sobre el taburete y abracé al moribundo como a un buen amigo que hacía años que no veía y al que le tenía ganas.

Prince hizo girar la silla. Una vuelta, y otra, y otra más, y de tanto girar, el taburete con el gordo atado y conmigo abrazada a él se transformó en una atracción de feria. El gordo se parecía a una temible gorgona —una auténtica Medusa— y yo era la serpiente que coronaba majestuosamente su cabeza calva y resbaladiza. Aquello giraba, y giraba, y de tanto girar acabé mareada; en vez de ver un solo Prince, empecé a ver decenas de chicos iguales a él, de rodillas, haciendo girar el maldito taburete. Algunos de los principitos lloraban, otros se reían en una secuencia de cinco carcajadas iguales. Pero como eran tantos chicos entre tantas vueltas, los escuchaba a todos a la vez. Logré detectar con claridad cuatro grupos de carcajadas por cada vuelta:

¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Y en la siguiente vuelta otra vez:

¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Y una vuelta más:

¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Y así hasta que uno de los Prince paró en seco la atracción de feria que ya tenía nombre: «La Gran Gorgona y Su Magnífica Serpiente».

Se fue hacia la mesa y agarró una flauta dulce que estaba al lado del viejo libro. Del perchero cogió un sombrero de *cowboy*. Lo colocó sobre la cabeza de su papá y se dispuso a tocar —tal vez para quitarme un poco el vértigo— aquella flamante melodía que tenía el don de hipnotizarme. Prince era un chico encantador, incluso de serpientes.

El calor del gordito y la musiquilla que desprendía la flauta me calentaron las escamas: enrosqué todo mi cuerpo alrededor del gordo, y en cada vuelta me esmeré en apretar un poco más; hasta que su corazón dejó de latir y sus ojos azules se quedaron atrapados para siempre tras los párpados sebosos.

Le pasé la lengua por todos los pliegues de la barriga, por los pechos caídos, por el cuello, con la parsimonia de un niño que chupetea su primer helado deseando que nunca acabe. Desencajé la mandíbula hasta ahuecar una señora boca grande, ostentosa y atroz, y tardé doce horas en engullir al hombretón. Durante todo este tiempo, Prince no paró de dibujar sobre el papel más grande que encontró en la habitación. Al final de todo, me suplicó que me quedase posando para que pudiese rematar su obra maestra.

Cuando nos alejamos un poco para contemplar el dibujo con cierta perspectiva, coincidimos en que, realmente, acababa de dibujar un modesto sombrero, sin más adornos ni florituras. Era un dibujo simple y algo torpe, poco definido, y el sombreado estaba falto de contraste.

Estaba claro que Prince no era Durero, pero nadie había dibujado tan bien como él una serpiente boa que se acababa de tragar un hombre muy gordo que a su vez se había tragado uno de mis ratones congelados.

Mamboretá

Inspiro. Se me abren los poros. Tengo miedo. Espiro. Se me cierran los poros. Sigo teniendo miedo. Un millón de agujas despiertan, de una en una, por debajo de cada célula de mi piel tumefacta.

Me aguanto como puedo para no romper a tiritar. Me atemoriza pensar que cualquier movimiento haría que me desintegrase.

Trato de abrir un ojo. El párpado libra una batalla entre un abrir impotente y un cerrar doloroso, con una frecuencia alocada que soy incapaz de mantener bajo control. Hay una mosca atrapada en una telaraña recubierta de rocío. Tal vez ese parpadeo crea la ilusión óptica de que la mosca está aleteando; si aún no está muerta, esos aletazos se consuman entre la vida y la muerte.

Cada vez que miro el rocío sobre una telaraña me acuerdo de la nana que me cantaba mamá, que versaba sobre las lágrimas de una princesa.

Duerme, mi niña; duerme, princesa,
No llores más, ya está, ya está…
Si tus lágrimas tocan la tierra, alteza,
Vendrá el coco y te comerá.

Pellizco el párpado y lo levanto; la luz de la mañana estimula el iris; el sol se instala reluciente en el valle. Y, aunque es por la mañana temprano, lo veo todo encarnado, como si fuese el atardecer. Me habrá hecho sangre otra vez.

El miedo me vuelve a abrazar —como de costumbre, desde dentro hacia afuera—, entretejiendo una cota pesada pero endeble, incapaz de protegerme de él. Me juro a mí misma que hoy voy a acabar con esa pesadilla. Se lo debo a Boretá, mi hija, y me lo debo a mí misma.

Me animo con un «¡Tú puedes, Medea!», y abro el otro ojo. Controlo

mejor las convulsiones. Una tira de saliva viscosa me cuelga de la boca. Al llegar al suelo, tiñe de rojo unas ortigas. Levanto la cabeza. Deliro. Con los tres ojitos negros que tengo en la frente, miro las nubes; se han juntado en forma de leviatán; el monstruo mastica una amapola gigante. Cierro los ojos. Con la punta de la lengua, cazo una lágrima antes de que se desperdicie por el suelo. No tiene el sabor de mis lágrimas de siempre. Sabe a sal, pero es sangre. Rezo para no quedarme ciega; para no volverme loca; para que no venga, y si viene, que no me despierte a la niña.

Boretá duerme aún, debajo de unas hojas grandes de palmera. Un rayo de sol se acurruca a su lado. ¡Ay!, Boretita de mamá… o Mamboretá, como le gusta que la llame.

Le veo la sombra. En el suelo hay muchas ramas diminutas y secas. Se afana en pisarlas todo lo fuerte que puede. No es capaz de romper ninguna, pero en cada pisada las hace crepitar: *¡crush!…*, *¡crash!…*, *¡crush!…*, *¡crash!…*

Inspiro. Se me abren los poros. *¡Crush!* Me vibra el pecho.

Espiro. Se me cierran los poros. *¡Crash!* Me sobresalto.

Se acerca. Me yergo. Lo tengo delante. Se rasca la entrepierna con descaro. Arranca un diente de león. Se lo lleva a la boca. Frunce los labios y sopla hacia mí las semillas volátiles. Se ríe. Mira la flor. Le quedan apenas dos semillas. Las sopla con desprecio hacia aquel leviatán que desayunaba amapolas. Sujeta el tallo en la boca y lo mueve de un lado al otro. Lo muerde un poco y después le chupa el jugo. Cuando sopla aire caliente por el tallo, se escucha un siseo viscoso o tal vez un silbido. Me mira de arriba abajo. Sisea. Me vuelve a vibrar el pecho. Mi niña sigue durmiendo. Silba. Temo que me la va a despertar. Me agarra por la cintura. Me mira a los ojos. Espero que no me despierte a la niña. Me da la vuelta. Su soplo en mi nuca. Me monta a horcajadas. Está dentro; varios espasmos, seguidos de un calor penetrante, se hacen cobijo en mi vientre. Escucho trozos de su voz; nada concreto, pero, como siempre, me estará llamando de todo. Desde el estómago, me llega a la boca un líquido amargo.

Vomito al lado de la telaraña.

La mosca aún agoniza, cada vez más sola, más resignada.

El sol derrite su sudor grasiento sobre mi espalda. Hedionda y sola empiezo a girar la cabeza. Sisea. ¡Me va a despertar a la niña! Sigo girando la cabeza. Silba. Le veo ya los ojos. Su mirada derriba mi último bastión de dignidad. Sisea. Me escupe el palillo en la cara.

Me apoca.

Sigo girando aún más la cabeza. ¡No voy a consentir que me despierte a la niña!

Abro la boca y, a mordiscos, le arranco la puta cabeza.

Aún arroja semen. Cuando los espasmos cesan, su cuerpo decapitado se asemeja a la péndola de un reloj viejo que apenas gobierna un tiempo enclenque que parece que no termina de trascurrir del todo. Acaba por

desacoplarse y se desploma. Por todo el cuerpo tiene restos de piel muerta, nacarada. Parece haberse deshecho recientemente de una vieja muda.

Mamboretá se despierta. Coge dos dientes de león y corre hacia mí:

—Mamá, mamá, mira qué te traigo… Vamos a soplarlos. Por cada uno, un deseo. ¿Vale?

—Vale, tesoro, pero ¡cuidado por dónde pisas!

Termino de masticar, y me trago lo que queda de su testa. Mamboretá, distraída con sus flores, no mira por dónde pisa, y *¡trash!*, tropieza contra una rama. Acaba atrapada en la telaraña, justo al lado de la mosca moribunda.

Le suplico que deje de llorar y de moverse. Angustiada, se canta a sí misma la nana:

Duerme, mi niña; duerme, princesa,
No llores más, ya está, ya está…
Si tus lágrimas tocan la tierra, alteza,
Vendrá el coco y te comerá.

Yo, con un ojo puesto en la telaraña y con el otro en mi pequeña, estoy al acecho. La mosca muere. La araña desciende. Me abalanzo sobre ella. La devoro.

—Ya está, ya está, ya pasó, mi amor, mi princesita. ¡Ay!, Mamboretá, ¡que te como, tú!

¡Te como!

Zepelines rojos

La muerte se coló de puntillas en el carromato de Tonny justo el día de su cumpleaños.

En el centro de la pista del circo, sobre un catafalco de madera forrado con tela de seda, yacía abierto su ataúd. Sobre esa tela inmaculada, una niña mofletuda y paticorta había cosido con primor decenas de narices rojas.

El muerto vestía una chaqueta jade, pajarita rosa, pantalones bombacho malva, tutú amarillo y un turbante color mostaza. Las manos enfundadas en un par de guantes blancos se aferraban a un espejo redondo acomodado sobre su morrocotuda barriga. En cumplimiento de su última voluntad, no le cerraron los ojos como se les hace a los muertos: le pegaron los párpados para que se quedasen bien abiertos y de esa manera poder mirarse a gusto en el espejo. El ingenuo Tonny siempre creyó una patraña que le había contado su padre de pequeño: una vez muertos, los enanos crecen unos buenos centímetros antes de ser enterrados; razón por la cual también insistió en las medidas de su ataúd: tres tallas más grandes de la que gastaba. Y por mucho que el espejo que sujetaba entre las manos se empeñaba en devolverle el mismo rostro alegre y repleto de colores de siempre, en los ojos muertos del payaso enano faltaban aquellos fulgores traviesos de antaño.

Como murió momentos antes de la función, el maquillaje se conservó intacto: boca grande y roja, pestañas crespas de pelo de dromedario, una lágrima azul alargada y corrida por toda la mejilla derecha, otra más fina sobre la izquierda, una de las cejas muy arqueada y la otra bien fruncida. Y, aunque Tonny tenía treinta y cuatro pares distintos de zapatos, lo dejaron descalzo. Ni un solo par conjuntaba con el ataúd rosa. Leonardo, el director del circo, también payaso, aunque de corte más clásico, lo dejó bien claro:

—¡Ponedle los zapatos que queráis, pero de ningún modo lo vamos a enterrar con los zepelines!

Los zepelines eran unos zapatos rojos, que parecían inflados, con las puntas hacia arriba, cual berenjenas gigantes.

Alrededor del ataúd estaban todos los artistas del circo: Ángela la domadora, Vanilli el jinete, Marceletto el trapecista, Ludmila la contorsionista, Pipí el funambulista, Katanna la lanzadora de puñales, Iván el hombre bala, Lulú el faquir, y por supuesto Leonardo, el jefe.

Ángela, la mujer de Leonardo, se secó las lágrimas con el tutú del muerto, y con las manos sobre el único pecho que le quedaba —el otro se lo había arrancado un lobo viejo hace mucho tiempo— suplicó:

—Tonny siempre quiso que, llegada la hora, lo enterrásemos con sus zepelines. Es la voluntad de un muerto. No creo que haya razón para más discusiones.

—¡Túúúúú! —gritó Leonardo, acabando con las venas del cuello ensanchadas— ¡Te callas! Los zepelines los hereda el único payaso que queda en este circo y no se hable más. Con todos los demás, haced lo que queráis; mira que tiene el hombre zapatos para dar y tomar…

—¡Payaso! —le soltó Ángela entre dientes, abrazándose al muerto.

Los artistas del circo —como tantos otros artistas— apuraban la vida sin apenas darse cuenta; aunque tal vez durante los velatorios vivían menos deprisa. Alrededor del catafalco, solían pasarse de uno al otro una cachimba vieja evocando las hazañas más memorables del difunto. La cachimba parecía una clepsidra; en vez de agua, el humo embalsamado se encargaba de llevar la cuenta de las horas.

Debido a una especie de pudor promiscuo arraigado en el tiempo, no hablaban nunca sobre cuántos años tendría fulano, zutano o mengano. Esa prohibición se levantaba solo si se trataba de un muerto.

Vanilli, al terminar de ajustarse las espuelas de sus botas de montar, se preguntó en voz alta:

—Hay que echarle valor para morir el día de tu cumpleaños. ¿Cuántos años habría cumplido el enano? —Y como nadie supo responder, siguió—: No me cabe duda de que es más viejo que Caparazón.

—¿De verdad que es su cumpleaños hoy? ¿Y Caparazón, quién es Caparazón? —se atrevió a preguntar Lulú, el novato, el joven faquir que realizaba el imposible número de caminar sobre espejos en llamas.

—¿Caparazón? Una tortuga vieja. Ella y Tonny estuvieron juntos durante cuarenta años. Siempre que se tomaba una copita de más, Tonny solía decir que esa criatura lo iba a sacar de pobre. A continuación, le daba un beso en toda la boca y, en aquel instante, Caparazón, mareada por el tufo, se retiraba por lo menos un día entero dentro de su carapacho. En los últimos años, la sacaba todas las noches en uno de sus números más aclamados. ¡Pagaría oro por verlo una vez más! —El jinete se puso de pie e, imitando la voz aguda del payaso enano, siguió—: «Damas y caballeros, os presento a Caparazón, la tortuga afro-franco-holandesa, capaz de cantar *La Marsellesa*». Y, la verdad como la cuento, nadie sabe cómo, pero la tortuga movía el pico y se escuchaba:

Allons enfants de la Patrie
Le jour de gloire est arrivé…

«Enfants», lo que se dice *«enfants»*, no le salía nunca del todo redondo, pero ¿lo demás? ¡Lo clavaba, vamos! Ahora bien, si mirabas atento a los labios de Tonny, tenían esa tiesura típica de los ventrílocuos. Pero, entre la boca grande y roja de payaso y el resto del maquillaje que le cubría toda la cara, lo disimulaba a la perfección y los espectadores se lo tragaban.

Aunque no venía a cuento poner en duda el número más consagrado del difunto, el faquir se llevó las dos manos a la cabeza, apartó toda la melena de su frente ancha, abrió las manos como alas, las congeló en el aire como un gran emperador en un coliseo romano antes de dirigirse a la multitud, alargó todo lo que pudo este momento sacudiendo la cabeza como para despejarse las dudas y siguió debatiendo:

—Hasta aquí todo muy bien, pero ¿cómo hacía el hombre para que Caparazón abriera el pico a compás? ¿Qué era, una tortuga o un perro más listo que el hambre?

Lulú llevaba semanas madurando un número con salamandras sobre brasas de palo santo y pensaba meter alguna alimaña más por el medio; una que comiera poco y que causara efecto; así que aprovechó y preguntó:

—¿Qué vale una tortuga de esas?

—No sé cuánto habrá pagado por ella, pero para darle de comer le salía bien barata.

—¿Y qué se les da de comer a las tortugas? —insistió el barbilampiño.

Vanilli cogió aire, respiró hondo y soltó:

—Pues… ¡lechuga, coño! Lechuga pura y dura. Mira que te parieron preguntón, me cago en la jaula de la hiena María…

Katanna lanzó hacia el jinete una daga, que acabó clavándose justo entre las puntas de sus botas.

—¡Esa boca, guapetón, que estamos en un velatorio, no de jarana! —Y cuando se fue a arrancar su daga bruñida que aún vibraba, paró delante del faquir y le musitó—: Y tú, novato, pimpollo ignorante y atrevido, calladito estás más guapo. ¿Vale?

Pero a Lulú le pudo la curiosidad:

—Vale, pero ¿qué clase de lechuga?

Vanilli empezó a pegarse a sí mismo en la bota alta con la fusta de cuero. Lo hacía con la idea de contenerse, pero los golpes provocaron en él justo el efecto contrario. Cerca de los pies del faquir, Katanna volvió a lanzar de una en una, media docena de dagas. Cada daga vibraba más que la anterior. Con cada lanzamiento, el rostro del faquir cambiaba de color hasta que se volvió igualito a su chaleco de cuero de lagartijas. El jinete cogió al mocoso por el pecho y le soltó a dos centímetros de la cara:

—Vamos a ver, nené… Lulú te llamabas, ¿verdad? —Y cuando todos

estaban preparados para ver cómo le iba a romper la cara de un cabezazo, cogió muchísimo aire en los pulmones y le soltó en una única espiración y tan rápido y articulado como si fuese un trabalenguas—: ¡Lechuga del huerto de Tonny, coño! ¿Tú sabes que el enano tenía un huerto de macetas? ¡No! ¿Cómo lo vas a saber? ¡Si acabas de llegar!

En sus ratos libres, el payaso liliputiense cuidaba de un par de plantas de tomates y unas cuantas lechugas que cultivaba en unas macetas de colores colocadas al lado de la ventana de su carromato. Al inicio, cultivaba los tomates Rosa de Barbastro, los más grandes. Entre esos tomates enormes y su complejo de enano, Tonny terminó por hundirse en la depresión. Pero en cuanto descubrió los tomates *cherri*, diminutos y dulces, ya se le empezó a notar de repente más equilibrado, más seguro de sí mismo; hasta andaba más recto y ya no levantaba tanto el mentón cuando se le hablaba. Y como solía regar el huerto al caer la noche, bajo la luz de las velas de su carromato, sobre la cortina de la ventana, se proyectaban las sombras de un Gulliver armado con una regadera aterradora. De vez en cuando arrancaba algún *cherri* de su rama, inclinaba la cabeza hacia atrás, se lo acercaba a la boca, sacaba la lengua, alcanzaba el tomate y, una vez dentro, lo masticaba un rato largo antes de tragarlo. Todo este *show* lo vio Leonardo, y, desde luego, supo sacarle provecho. En un par de días, Tonny ya protagonizaba el inédito número de sombras chinescas *Gulliver en el país de los cherris*. En cuanto el número se acababa, y Tonny salía a saludar, los espectadores decían a coro: «Pero si Gulliver es un enano…, un enanooooo…, ja, ja, ja». Cada vez que escuchaba la palabra «enano», Tonny se sumergía un poco más en el pozo sin fondo de la depresión, pero de algo tenía que vivir. Muerto el enano, el jinete se hizo cargo del huerto de macetas.

Vanili se acercó al faquir y le soltó en plena cara:

—Por cierto, compañeros, no voy a mirar a nadie, pero me falta un tomate. Eso no se hace, ¿eh? Que sepáis que cada vez que alguien roba un *cherri* del huerto de Tonny, Dios hace encoger al enano un poquito más, allá donde quiera que esté.

Marceletto el trapecista, haciendo señas de querer decir algo, se puso de pie sobre el primer escalón del catafalco y dijo:

—Ahora bien, yo creo que cada vez que muere un payaso, Dios roba un tomate del huerto de Tonny. ¡Ja, ja, ja! Pero volvamos a los zapatos: propongo ponerle los zapatos de su debut. Los zepelines le hacen aquel andar patoso. Y se escapó un rato al carromato de los treinta y cuatro pares de zapatos. En cuanto volvió, le calzó por encima de los calcetines con las banderas del mundo sus primeros zapatos. Uno azul y otro verde. No quedaban mal, pero muy pronto concluyeron que eran hortera y que ya no se llevaban.

Ángela, con los brazos en alto y con un zepelín en cada mano, lo intentó una vez más:

—Estos son los zapatos que Tonny quería para el día de su entierro. Hagámosle caso, por favor.

—Verás, querida —dijo Leonardo—; ¿qué es lo que no has entendido? Los zepelines son míos. Lo acabarás comprendiendo. ¡Ya verás tú, ya verás!

Esto dejó a todo el mundo de piedra un rato. Incluso al novato, que por fin se quedó callado.

Aprovechando el momento, Ludmila, la contorsionista, le quitó los zapatos desparejados y trajo del carromato unos mocasines humildes de cuero de gorila. Le cambió los calcetines por otros de color igualito al humo de la cachimba que los veladores se pasaban de mano en mano. Se alejó un poco para mirar con perspectiva y, con voz experta, concluyó:

—Estos mocasines lo representan. Los llevaba siempre en el número del «Domador y el león hinchable». Mirad qué clase, cómo brillan aún, y quizás son los más cómodos para sus pies cansados. Vamos, os pido por favor que no le demos más vueltas.

Pipí, el funambulista flaco y cojo, que con los años se parecía cada vez más a la retirada hiena María, intervino con voz bajita y dulce:

—Para mi gusto, los yemenís, estos zapatos de turco que llevaba en el número de «Alí Baba y las trece doncellas», son los más acertados. —Y se fue por los yemenís al baúl de los zapatos. Al volver, le quitó los calcetines grises y le puso otros de color agua de rosas y siguió muy entusiasmado—: Bueno, para decir verdad, los yemenís están muy bien conservados y francamente conjuntados con el tutú. ¡Ay!, cuando le tocaba montar los burros, calzado con los yemenís, con los dos pies sobre la silla, cómo aguantaba las riendas con los dientes, pobre Tonny… ¡Un bufón único, un acróbata irrepetible, una mejor persona! Yo ahora no puedo verlo aquí, tan quietecito. De hecho, quitadle los yemenís, que me hace mucho daño recordar aquellos tiempos. ¡Ay, mi Tonny!

El ruso Iván Katyusha, el hombre bala, también se vino arriba al ver que todos se animaron a hablar:

—Y digo yo: ¿y si le ponemos las chanclas soviéticas así, a pelo? Las del número con «Stalin y el chimpancé tibetano». Voy por ellas. —Pero antes de irse, le quitó los calcetines rositas y los yemenís y se los llevó al carromato. Volvió con dos chanclas enormes obradas con trozos de neumático viejo y se las colocó al payaso. Y, con su risa poco contagiosa, continuó—: ¡Je, je, je! Cómo me acuerdo de cuando tropezaba a cada paso con esas chanclas. Se caía y se levantaba para volver a caerse hasta que se le hinchaban los tobillos. ¡Pero qué número, aquel! Los niños lo adoraban.

Una vez más, pálida y extenuada, Ángela les imploró:

—A mí me dijo que el día que se muriese le pusiéramos los zepelines. Que eran sus zapatos de la suerte. Por favor os lo pido. Vamos a hacerle caso.

Leonardo se acercó a su mujer, le quitó con un gesto lleno de ternura los zepelines de las manos, le separó los dos mechones de pelo que le tapaban las mejillas y, asegurándose de que había entrado en razón y que tampoco había sido para tanto, que si zepelines sí, que si zepelines no, le dio un beso largo de reconciliación delante de todo el mundo. Luego, con una velocidad pasmosa,

¡plass!: una hostia en plena cara con la suela gruesa de uno de los dichosos zapatos. La mujer, con la cara enrojecida, chocó contra el ataúd y se desplomó en los brazos de Katanna.

—¡Me cago en todos tus muertos! —tuvo tiempo de soltar entre dientes Katanna, antes de auxiliar a Ángela.

—No le vamos a poner los zepelines más que por encima de mi cadáver, ¿os enteráis de una vez? —gritaba Leonardo, ya fuera de sí.

Katanna se postró de un salto con dos dagas en forma de tijeras, bien clavadas en el cuello de Leonardo:

—Óyeme, jefazo…, te voy a matar antes de que le vuelvas a poner las manos encima a esta mujer.

Con la situación fuera de madre, Ángela se quitó la sangre de la boca, le arrancó a Tonny las horrendas chanclas soviéticas y, sin medir ni una sola palabra, zanjó:

—El padre de mi hija jamás llevará esas mierdas en los pies en su último camino. Le voy a poner los zepelines tal y como me lo encomendó.

Un súbito silencio empezó a flotar por encima de las cabezas de los artistas. Y la vieja sospecha de que Mahaila, la menuda niña de Ángela, se parecía más al gnomo que a Leonardo, se concretó en las caras de cada uno de ellos. Menos en la de Lulú, que tenía la cabeza en el número de las salamandras sobre brasas de palo santo y no se enteraba de mucho.

Las rodillas de Leonardo se hundían poco a poco en la arena de la pista, que parecía haberse vuelto movediza y lo tragaba con parsimonia. Leonardo se dejaba engullir por ese enjambre formado por un sinnúmero de partículas de cuarzo translúcido. Con las rodillas sumergidas en la arena y los zepelines ante él, parecía un ser amorfo: un enano. Ángela se acercó y le escupió con saña en la cara. Leonardo ni siquiera se molestó en limpiarse. Rompió a llorar en silencio, como a menudo lo hacen los payasos en la soledad de sus carromatos después de la función. Ángela comenzó a reír sin perder de vista el escupitajo que tardaba un mundo en desprenderse del rostro del hombre abatido. A cada carcajada suya le correspondía un quejido de Leonardo. Al cabo de unos instantes, ya era difícil de distinguir si la mujer estaba riendo y su marido llorando, o viceversa. Ángela cogió en su regazo al hombre que malquería y se esmeró en limpiarle la cara del escupitajo mezclado con las lágrimas de cornudo; luego le acomodó la cabeza sobre su único seno e, inclinando la suya hacia un lado, se erigió en *Pietá*.

Se apagó la luz en la pista y se encendió el cañón de seguimiento, ese haz redondito que persigue a los saltimbanquis por dondequiera que vayan. Se abrió el telón y, descalza, se acercó al catafalco Mahaila. Traía en brazos una tarta grande con una vela encendida. Llevaba un vestido negro con mangas vaporosas y un velo de luto le cubría la cara rolliza. Al llegar al lado del muerto, se destapó. De cada oreja le colgaba un pequeño zepelín, cual berenjena en miniatura. A modo de pendientes, eran de hecho el primer regalo que le dejó Tonny una noche de invierno, a escondidas, en su cuna calentita

de bebé. Mahaila se quitó los zepelinitos y se los colocó a su padre: uno en cada dedo gordo de los pies. Al instante, con voz candorosa, comenzó a cantarle el *Cumpleaños feliz*. Uno tras otro, los juglares sumaron sus voces a la de la niña, y la canción cobró fuerza y color entre tantas tesituras nuevas; la melodía aguantó un tiempo hasta que se transformó tanto que se parecía más bien a un réquiem. Las voces ascendieron hacia la bóveda del circo, estrellándose contra la tramoya como se estrellan las voces de un coro cristiano contra las bóvedas de las catedrales, allí donde trepa el dolor de los devotos y las plegarias se convierten en cal que recubre las aristas. Mahaila acercó la tarta a la boca de su padre para que soplase la vela, le apretó los mofletes y la vela acabó por apagarse. A continuación, le dio un beso en la frente, a hurtadillas sacó del bolsillo un diminuto tomate *cherri*, le dio un mordisco partiéndolo en dos, una mitad se la comió y la otra la colocó sobre la punta de la nariz del payaso. Le quitó el espejo de las manos, y cuando se dispuso a tirarle de los párpados para cerrarle los ojos, Leonardo se puso de pie y le dijo:

—No puedes hacer eso, hija. La última voluntad de tu padre es que lo enterrásemos con los ojos abiertos. —Caminó hacia ella, la ciñó contra su pecho y continuó—. Sé buena, anda, haz caso a papá…

Al instante, recogió el espejo y lo volvió a colocar entre los dedos rígidos de Tonny. La muerte engulló todo el brillo del maquillaje y, aunque dejaron al difunto con los ojos abiertos, el espejo solo devolvía el rostro mal pintado de un payaso muerto; un enano que yacía en un ataúd tres tallas más grandes de lo que le correspondía.

Leonardo cerró —para siempre— la tapa del féretro. El porrazo hizo que la humareda de la cachimba tomase forma de alma de bufón, disipándose palmo a palmo hacia la cúpula de la carpa. Amparados por la penumbra, agarrados de las manos, con los ojos cargados de lágrimas, los artistas siguieron un rato esa danza lenta y etérea de la fumada; y cuando quisieron darse cuenta, una tristeza gruesa se había colado de puntillas en la arena del circo I Saltimbanchi D’Italia. Leonardo ayudó a la enana a calzarse los zepelines de Tonny y el haz de luz siguió a Mahaila hasta que desapareció detrás del telón del fondo, andando como andan las niñas que se calzan los zapatos de sus papás.

Y antes de que se apagase el foco, volvió a asomar la cabeza por la raja del telón, soltó en la pista a Caparazón, y preguntó:

—Y con la tortuga…, ¿qué hacemos con la tortuga?

Debajo de su abrigo

Me vuelven loco las mujeres que conjuntan sus bragas con el sujetador antes de tirarse al vacío. Son detallistas sin llegar a ser obsesivas, y coquetas sin devenir presuntuosas.

Cada martes, acudo a un grupo de apoyo y prevención contra el suicidio. Al inicio éramos trece. Ahora quedamos solo dos: Virginia y yo. Hace tiempo que han despedido al terapeuta y no le han encontrado sustituto, así que nos arreglamos entre nosotros: cuando llegamos, Virginia se sienta delante de mí y me cuenta cómo le va. Cuando termina —no tarda demasiado— me toca a mí. Yo tampoco le cuento nada; no es que haya mucho que contar. Hoy, Virginia me preguntó qué opinión me merecen las mujeres que conjuntan sus bragas con el sujetador antes de tirarse al vacío. Le dije que desconocía esa costumbre, y que solo conocía esa práctica en su versión masculina; que el día que deciden dar el paso, los hombres se preocupan por llevar los calzoncillos de domingo aun sin ser domingo. Empezó a reírse como si de un chiste bueno se tratase. (Yo no me acuerdo de haber hecho reír a ninguna mujer en mi vida). Luego paró en seco el carcajeo, se acercó a la ventana, y de espaldas hacia mí me dijo:

—Cuéntame algo inconfesable sobre ti.

—El puente. Llevo media vida paseando de madrugada por un puente flanqueado por barandillas no muy altas, forjadas en acero viejo. El puente me da miedo: cruje y huele. No sé a qué, pero huele. A cada paso.

—Llévame allí. A ver a qué huele.

Caminamos un trecho uno al lado del otro, hasta el punto donde el hedor se notaba más. Virginia se quitó el abrigo de franela, lo tiró al suelo y subió sobre una de las barandillas mohosas. A continuación, cual funámbula, caminó unos pasos ahuecando las plantas de los pies contra el encaje de acero forjado del barandal. Al final del trayecto, se agarró con una mano a una farola tuerta. La otra la extendió con la elegancia de un ave nocturna que despliega las alas antes de abalanzarse sobre su presa; y se quedó así un rato

mirando al vacío.

La luna se coló sin pudor entre sus pantorrillas, jugando al escondite con su camisón de seda. Llevaba un sujetador escarlata y unas bragas carmesíes. Hacia ese camisón translúcido rompieron a volar las mariposas de mi estómago, y terminaron anidando entre las tinieblas de su entrepierna.

—¿Sabes? Me encantan las mujeres dispuestas a perderlo todo —le dije mientras le recogía del suelo el abrigo que desprendía un aroma de hierbabuena capaz de neutralizar la fetidez del puente.

—¿Sabes? A mí me encantan los hombres a los que les encantan las mujeres dispuestas a perderlo todo. Y tú, ¿qué? ¿Llevas puestos los gayumbos de domingo?

No sabía que esas iban a ser sus últimas palabras; le confesé que sí, que los llevaba puestos, aunque era martes. Virginia no se lo imaginaba, pero era la primera mujer a la que fui capaz de contarle la verdad. La primera.

Pronto se hizo tarde —incluso para contar más verdades—. Cuando conseguimos reunir el valor para mirarnos a los ojos y decirnos que quizá deberíamos dejarlo, y que lo mejor sería volver a casa juntos, cenar y tomar un vino, ninguno de los dos fue capaz de abrirlos. Los párpados libraban una batalla tenaz contra el aire que los hacía temblar; las pupilas, vencidas por la velocidad del desplome, quedaban presas detrás de los párpados inhábiles. Tal vez tardamos demasiado en adquirir la costumbre de mirarnos a los ojos.

El mar tardó mucho más tiempo en engullir el abrigo que a nosotros: dos amantes echados a perder.

Mi pecho se ahuecó para ceñirse a su espalda arqueada y, dedo tras dedo, mis manos se entretejieron con sus manos. Un torbellino nos arrastró hasta el fondo, donde yacía el áncora de un navío muerto. Nos aferramos a ella para nunca volver a la superficie. Y cuando abrimos por fin los ojos, vimos un gigante pez raya nadando por encima de nosotros; tan solemne como abatido. Antes de enmantarnos, me rozó un poco la cara y juraría que era un pez con escamas de terciopelo.

Unos nenúfares salados tomaron la forma de nuestros cuerpos acurrucados: dos fetos titanes momificados demasiado deprisa.

Debajo de su abrigo de franela no siento el hedor del puente; tampoco miedo alguno.

Jamaica

Vivo en Rumanía; en una región en la que a las cinco de la mañana despiertan todas las abuelas a la vez. Son como un ejército de hadas arrugadas dispuestas a morir por un frasco de yogur. Mi abuela Eleftheria era una de ellas. Cada mañana, armada con su corneta, tocaba diana para despertarnos a mis dos hermanos y a mí. Luego nos obligaba a tomar a toda prisa un té de cáscara de nuez, nos enfundaba bien las gorras, les bajaba las orejeras afelpadas y nos las ataba hasta la sangre por debajo del mentón. Se lazaba a la cintura una cuerda larga con tres nudos: uno para cada nieto. Sin demorarse más, se calzaba las raquetas, y se abría camino en la nieve. Los tres hermanos caminábamos detrás de ella, agarrados a los nudos de la cuerda, para no perdernos en la nevisca. Con las raquetas toscas y su andar patizambo, la abuela parecía una mamá pato y nosotros, tres patitos párvulos siguiéndola por la senda de nieve nacarada. De cada casa salían casi al unísono otras abuelas con otros nietos atados a sus respectivas cuerdas. Cada séquito de patitos iba por su propio atajo, hasta que se unían todos en la calle principal que conducía al mismo destino: la cola del yogur de la *Alimentara*. Cada niño llevaba atada a la muñeca una bolsa de plástico que contenía dos frascos de cristal que chocaban entre sí al compás de la marcha, armando un sonsonete de cascabeles de vidrio que recorría todo el barrio en plena madrugada. La nieve fresca, mezclada con la escarcha, roncaba debajo de las botas alcanzando con cada paso sonoridades graves sobre las cuales se sostenía de manera soberbia la parte melódica del carillón de frascos de cristal.

Por haber nacido allí, estaba sentenciado a hacerme a esa vastedad blanca. A veces me achicharraba los ojos; otras veces me vaciaba el alma. Le pusimos «nieve» —por llamarla de alguna manera—. En realidad, era un animal resabiado que, como todo animal, se rebelaba cuando tenía miedo y lloraba cuando tenía pena.

Mis hermanos no temían a ese inagotable híbrido albino fruto del abismo y del averno que nos engullía a todos poco a poco. Nada les daba miedo; ni

siquiera los osos que a menudo bajaban del monte para fisgonear dentro de los contenedores de la ciudad. No sé bien qué buscaban en los contenedores. La gente no tenía gran cosa para tirar. Igual eran osos de antes; de antes de los *camaradas*, y con la esperanza de encontrar algo, guardaban las costumbres que adquirieron cuando aún producíamos basura. Me habría gustado compartir algo con mis hermanos, aunque fuese el miedo, pero la nieve, el hambre y los *camaradas* los despojaron de todo sentimiento; los convirtieron en unos zombis escarchados agarrados a un nudo. Niños desalmados que caminaban siempre hacia delante. No llegaban muy lejos, pero iban hacia delante.

En el último trecho de la epopeya blanca, se perfilaba la silueta del edificio más temible del barrio: la *Alimentara*; el supermercado de los *camaradas*. En la entrada, una mujer basta mantenía en remojo una de las puntas de su bigote viril. Una veta de saliva le corría por la comisura de su boca grande y, antes de caerse al suelo, la succionaba y la saliva volvía a su boca de inmediato.

A las seis en punto, la bigotuda abría la puerta y nos permitía entrar a comprar todo tipo de conservas del terror: coliflor, col rizada, brócoli, remolacha, tomates verdes, ajo y pimientos rojos y verdes; todo bien aplastadito contra las paredes de unos frascos gigantescos de cristal verdoso que originaba un aterrador efecto lupa. Salvo a mi abuela, no he conocido a nadie capaz de comerse aquellos fetos vegetales sumergidos en formol, que parecían dispuestos a guiñar un ojo en cualquier momento.

Aparte de esas conservas de vinagreta, en la *Alimentara* se vendían alguna que otra lata de atún, raramente arroz y, en ocasiones, ponían a la venta unos espejos ovalados con el marco claro de zinc. Todos teníamos un espejo de esos en casa, porque una vez al año, en el Día de los Espejos, los *camaradas* permitían que nos mirásemos en ellos.

Era también en la *Alimentara* donde se vendía yogur, pero con una cola aparte y solo a los que traían de casa sus dos frascos vacíos. Por eso los guardábamos como oro en paño.

A las cinco y media, la cola del yogur ya estaba formada, y empezaba la jaculatoria de todas las mañanas. Las viejas la entonaban en un coro perfecto, empezando en la misma tonalidad, siguiendo el mismo fraseo, haciendo las mismas pausas y acabando todas a la vez: «Dios mío de mi vida, hace un frío que se quiebran las piedras». La única que hacía nota discordante era mi abuela, que, al final, en lugar de «que se quiebran las piedras», se desmarcaba y, sin recato, soltaba un «que te cagas». Al oír la grosería, las demás la miraban mal unos segundos y después, sincronizadas como soldados, se santiguaban con las dos manos al mismo tiempo cuatro, cinco veces seguidas, a modo de gimnasia, para combatir los dieciocho grados bajo cero que marcaba el termómetro de la fachada de la *Alimentara*. En aquellos tiempos, por mucho que lo invocaban todas las mañanas, Dios apenas aparecía; y cuando lo hacía, los *camaradas* se esmeraban por mantenerlo bien lejos de las

abuelas.

Allí, en la cola, esperando el turno, sacaba de la bolsa mis dos frascos de cristal; me los acomodaba delante de los ojos a modo de catalejos, y miraba a través de ellos. Eran catalejos mágicos: por el de la izquierda, podía ver más allá del horizonte; el de la derecha añadía color a lo que veía.

No sabía bien dónde estaba Jamaica, pero juro que, a pesar del intenso frío, si yo quería me tomaba tranquilamente un heladito acostado sobre una tumbona arco iris, a la sombra de un cocotero, en una playa refulgente con un mar cristalino de fondo. Porque tenía un par de catalejos de los buenos, y gracias a ellos pude pasarme la infancia lejos del frío.

Con esos anteojos podía hacer cosas más lujuriosas aún: era capaz de tomarme no uno, sino dos helados seguidos; el clásico de vainilla y otro de ron con pasas. Al instante, le pedía a mi compañera de tumbona, Sharon Marley, que me tararease al oído, de forma que no se enterase su padrastro Bob, alguna canción nueva. La muy atrevida, antes de empezar a cantar, sumergía muy lentamente su pulgar en mi tarrina, y tardaba un mundo en dibujarme por toda la espalda un corazón empalagoso. A continuación, se chupeteaba el dedo mirándome sin pudor a través de sus ojazos fogosos de isleña. Para terminar, me daba un beso largo en la boca y canturreaba:

Everything's gonna be alright, yeah!
Everything's gonna be alright!
So no woman, no cry.

Yo ofrecía a todo el mundo mis catalejos, pero nadie quería ver más allá de la nieve; nadie. Decían que me anduviera con cuidado; que cualquier día se me iban a caer al suelo y se harían pedazos, y a ver cómo me las iba a arreglar para comprarme los yogures.

Un día, aunque muy enferma y encamada, la abuela sí que se atrevió a probarlos. Se los acomodó bien delante de los ojos y consiguió ver al abuelo Kyril galopando sobre un corcel alazán. El abuelo era joven; tenía la melena suelta y sujetaba entre los dientes un ciclamen.

Unos días más tarde, la corneta de la abuela se volvió muda, pero nos despertamos igual. Mis hermanos se fueron a su habitación, cogieron la cuerda, desataron los nudos, la escondieron debajo de la cama y se volvieron a acostar.

Era costumbre que antes de colocar la tapa del féretro, los familiares del difunto le introdujesen algún objeto en el ataúd. Algo que le pudiese ser de utilidad al muerto cuando despertase en el más allá: unas monedas, aguja e hilo, un peine, guantes y calcetines, una corneta o un espejo tal vez. Yo le dejé mis dos catalejos de cristal para que pudiese seguir viendo al abuelo allá dondequiera que estuviese.

Por mucho que le supliqué, la bigotuda se negó a venderme más yogur hasta que le entregase los frascos, pero en el fondo no sufrí demasiado. Aquel yogur era como la nieve: tampoco sabía a gran cosa.

Y para poder seguir escapándome al Caribe a escuchar las canciones de Sharon mientras tomaba helados, no tuve otra opción que hacerme con unos catalejos verdosos de fetos en vinagre.

Zapatos para volar

Por mucho que su padre se hubiera empeñado en que su heredero, «como todo hijo de un buen hombre», aprendiese un oficio, Gervasio anhelaba ser poeta. No hubo paliza que le hiciera cambiar de opinión, ni martirio que le apartase de la lírica. El joven seguía sereno ante las torturas, defendiendo sus versos hasta la última rima. Retaba a su progenitor diciéndole que no solamente quería ser poeta, sino «morir poeta».

El padre se reventaba los nudillos contra el rostro ingenuo del trovador cada vez que lo escuchaba decir que cualquier día dejaría de comer porque era indigno para un artista morir con la barriga llena. Y sí, de un día para otro, Gervasio dejó de comer. Como colmo de la chifladura, antes de dejar también de beber, se tragó tres tinteros Pelikan, para escribir *por dentro* la letra de un réquiem vanguardista. Con el afán de salvaguardar el prestigio de la familia, tras un último cabezazo en plena faz, el padre proclamó al niño completamente demente y lo ingresó en un manicomio.

Antes de que le asignasen una habitación y le proporcionasen el uniforme, le hicieron un examen médico exhaustivo.

—¡Abra la boca y diga «a»! —le ordenó la doctora—. ¿A qué se debe ese color de su lengua?

—Al color de la tinta que me tomé.

—¿Qué tinta? ¿Cuánta cantidad y hace cuánto tiempo?

—Tinta para plumas. Un litro a lo sumo. Ayer por la noche.

—Muy original. ¿Con qué propósito?

—Para escribir un réquiem, básicamente.

—¡Lo sabía! No hay mejor ayuda para la inspiración que una buena tinta. ¿Y esos moratones, a qué se deben?

—Cada vez que me abandona la inspiración, o bien cuando me falla la métrica, cuando una rima se me resiste, me doy un puñetazo. Es una tortura mística a la que nos sometemos los poetas más radicales. Es equivalente al cilicio que usan los feligreses más adoctrinados.

La doctora dejó constancia en el recuadro del diagnóstico, con profesional seguridad:

«Depresión neurótica asociada a delirios poéticos persistentes, tendencia suicida y comportamiento autolesivo recurrente». En las observaciones, anotó que «el paciente presenta la lengua teñida de un tono azul verdoso como resultado de haber ingerido voluntariamente cerca de un litro de tinta para plumas estilográficas».

—¡Enhorabuena! El color de su lengua combina perfectamente con el de las pastillas que deberá tomar todos los días después del desayuno. Y, por cierto, aquí no está permitido el uso de plumas, tintas y tampoco papel. Lo entiende, ¿verdad?

Para terminar de contrariarla, Gervasio le dio una respuesta instantánea en versos:

—He comprendido las interdicciones, doctora:
Usted dicta las reglas, yo las rimas, sin demora.
Nos encontraremos en la mitad del camino,
Donde las palabras bailan con ritmo divino.

El poeta con lengua de lagarto entabló muy pronto amistad con un paciente al que habían apodado el Elefante; y no porque fuese grande como un paquidermo —que también—, sino porque si se proponía memorizar algo, lo conseguía en muy poco tiempo y nunca más se le borraba de la cabeza. El Elefante se convirtió en el primer poemario de Gervasio: *Réquiem para el hijo del sayón*. Cuando el poeta quería retocar algún poema en concreto, le decía al Elefante el título; este, tras entornar los ojos un rato, lo rescataba de inmediato de su memoria anómala. El poeta cambiaba alguna rima, reformulaba algunos versos, o incluso borraba un poema entero. Gervasio aprendió que, en ocasiones, escribir era borrar sin piedad, pero para el Elefante, borrar de su memoria un poema era un auténtico calvario.

Manuel el Hojalatero, un buen amigo de Gervasio, lo visitaba al manicomio todos los domingos. Traía fruta y té para merendar y le preguntaba siempre cómo iba el poemario. Gervasio chasqueaba los dedos, el Elefante entornaba los ojos y recitaba uno tras otro y en el orden en el cual habían sido escritos, los últimos poemas. A su vez, el poeta preguntaba por Inmaculada, la chica para la cual llenaba todos los días la cabeza del Elefante con poemas de amor: la musa ausente que nunca fue a verlo. Manuel le respondía que estaba bien, como siempre, y cambiaba de tema. Estaba más interesado en entender cómo memorizaba el Elefante tantos versos, por si un día podría él también hacer lo mismo. Antes de responder, el grandullón levantaba la cabeza, avizoraba todos los rincones del patio, y después le respondía susurrando:

—En mi cabeza hay un árbol de Navidad; uno grande, muy grande. Cada

día que pasa, crece un poco más, como si quisiera alcanzar el cielo. Lo he visto crecer desde que tengo uso de razón. Guardo cada palabra en una caja de regalo. Cada caja pende de una rama. Si quiero volver a esa palabra, a esa idea, a esa imagen, a ese sentir, busco la rama, luego la caja. La abro y rescato el recuerdo que quiero. No memorizo precisamente lo que contienen las cajas. Eso sería demasiado. Me acuerdo de la rama en la cual está cada una. Para mí, lo difícil no es memorizar, sino olvidarme de las cosas. Por ejemplo, deshacerme de algún poema de Gervasio; para mí eso es muy duro. Porque como sé perfectamente dónde están las ramas, y sé también dónde están las cajas, me entran ganas de abrirlas. Si yo pudiera tener otro árbol en mi cabeza, uno para olvidar, sería una máquina. Pero no puedo. Todas las noches planto un árbol nuevo en mi cabeza. La semilla germina, el árbol brota, pero la sombra del árbol del recuerdo es tan grande que le quita toda la luz al árbol del olvido y lo mata. Se seca en cuestión de horas. No hay manera. Esa es mi condena: todas las noches dentro de mi cabeza muere un árbol. Muere sin que pueda impedirlo. Yo soy su verdugo, pero también soy su tumba.

Cada vez que lo contaba, el Elefante lloraba como un niño. Y debido a su imponente estatura, las lágrimas que derramaba por su árbol del olvido se desvanecían en el aire sin llegar al suelo.

Manuel, todo corazón, se ofreció a custodiar esas cajas.

—¿Pero tú también tienes un árbol en la cabeza?

—Pues sí —respondió Manuel—. Pásame esas cajas que quieres tirar.

El Elefante le pasó todos los poemas fallidos y sus respectivas cajas, y se alegró de tener un amigo tan bueno, capaz de aliviarle esa carga.

Pero Manuel no entendía ni de cajas ni de ramas ni de árboles. De camino hacia casa repetía de manera frenética los poemas que apenas recordaba. A veces incluso cambiaba los versos de sitio, o bien cogía un verso de un poema y lo ponía a otro, se le olvidaba parte de las rimas, creaba otras desafortunadas y torcidas. Si los poemas que le pasaba el Elefante eran de por sí fallidos, pasados por su mente se convertían en ignominiosos versos declamados por un Frankenstein oportunista. Sin embargo, cada vez que se despedía de Inmaculada, le recitaba uno de esos abortos literarios.

La muchacha acabó rindiéndose a los encantos del hojalatero que cada domingo que pasaba se volvía más sensiblero, menos basto. No era tan sofisticado como Gervasio, ni tan profundo, pero se esmeraba. Inmaculada empezó a creer que tenía vocación de musa. Todos los hombres que entraban en su vida se volvían de una manera u otra poetas. Además, antes de quedarse para vestir santos —como solía amenazarla su padre—, y con el prometido en el manicomio, Inmaculada aceptó de inmediato casarse con el hojalatero. Después de la boda, Manuel perdió la costumbre de visitar a su amigo al manicomio, y también la inspiración. Ni un solo poema pudo escribir después del banquete.

Gervasio llevaba casi un año ingresado cuando se enteró de que todos los locos cuerdos que quisieran el alta, podrían solicitarla si eran capaces de

titularse en uno de los talleres de formación de oficios que se impartían en el manicomio.

Gervasio abandonó a las musas, y en cuanto salió convertido en zapatero, compró un ramo de claveles rojos, papel y perfume; escribió un poema; perfumó el papel y se presentó en la casa de su prometida. Y como no reunió el valor de llamar de inmediato a la puerta, permaneció de pie tanto tiempo, ramo en mano, que el ramo empezó a pesarle como si de una corona fúnebre se tratase. Le abrió la puerta su mejor amigo: Manuel el Hojalatero.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal va el poemario?

—¿Cómo está Inma?

—Desde que nos hemos casado, la señora Inmaculada está mejor que nunca.

El poeta bajó lentamente los brazos, arrimó el ramo contra el marco de la puerta y se fue caminando, calle abajo, haciendo trizas el poema que traía escrito en el papel perfumado. Recordando al Elefante, se empeñó en escribir, esa vez dentro de su propia cabeza, un nuevo poema cuyo inicio versaba así:

El amor, igual que los claveles, se está marchitando.
El amor, igual que el papel, se está desintegrando.

Pero al darle unas vueltas más, borró para siempre de su memoria primero la fragancia que envolvía las palabras y, a continuación, los desafortunados versos, por considerarlos simplemente penosos. Con la mente fresca, un gran poema sobre una mujer-pájaro, capaz de volver a nacer de sus propias cenizas, cual ave fénix, estaba cobrando forma. Pero como él no era el Elefante, necesitaba papel y boli para plasmarlo todo.

Una chica elegante le preguntó si tenía hora. Miró rápido el reloj y le contestó con los dedos que eran las nueve y cinco. Gervasio, como todo poeta, decidió llevar el dolor por dentro, sellando a partir de aquel momento un voto de silencio largo y macizo. Y como no hablaba con nadie, y nadie le hablaba demasiado, con el paso de los años se olvidaron incluso de su nombre, y acabaron por llamarle el Mudo, por mucho que en el letrero de su negocio ponía claramente: zapatos y arreglos gervasio.

El poeta con lengua de lagarto llevaba cuarenta años recluido en un silencio deliberado y persistente. Vivía como un monje de clausura, aunque no en un convento benedictino, sino en su taller de zapatero, santuario de la soledad absoluta. Más que mudo, era un hombre abatido y ensimismado. Para combatir la tristeza, se refugiaba en su trabajo. Solo necesitaba su martillo y un buen trozo de cuero, que golpeaba con destreza contra un molde de madera. Con cada golpe despertaba poco a poco el zapato que llevaba tiempo allí dormido. Cuando se quiso dar cuenta, la vida se le había pasado de puntillas entre un golpe y otro de martillo de remendón.

Antes de entregar los zapatos a sus clientes, les quitaba con cuidado las hormas, les daba unas últimas pasaditas enérgicas con el manguito de felpa —que siempre llevaba por encima de la manga derecha de su camisa a cuadros—, los envolvía con mucha pulcritud en papel de periódico y, tras despedir a los clientes con la mano en alto, el zapatero volvía al taller que tenía detrás del mostrador. En función de la complejidad del encargo, tardaba semanas —o incluso meses— en fabricar un par de zapatos a medida y, como todo artista, se vaciaba en cada una de sus obras.

En cuanto empezó a dominar bien el oficio, se dispuso a trabajar en su obra maestra: un par de zapatos de novia. Catorce meses tardó en darles forma; dos en armarlos; para pulirlos, precisó más de la mitad de su vida.

La dueña nunca fue a buscarlos, pues ni los había encargado ni nunca supo de su existencia. Aun así, todas las mañanas, durante los últimos cuarenta años, tras ponerse su mandil de cuero, el zapatero derrochaba al menos un cuarto de hora en lustrarlos. Con cada pasada de felpa, sacaba también brillo a su alma desposeída.

Gervasio vivía de fabricar zapatos a medida, cambiar suelas y tacones, y remendar todo tipo de calzado roto o descosido. Pero lo que de verdad le apasionaba, además de trabajar en sus zapatos de novia, eran los encargos de las viudas: zapatos nuevos para maridos muertos. Solo necesitaba una noche larga y la mitad del día siguiente para sacar adelante estos pedidos. Echaba el bofe, porque los muertos no tenían demasiado tiempo que perder.

Cuando doña Inmaculada, la viuda de don Manuel el Hojalatero, entró en la tienda para encargarle un par de zapatos para su marido muerto, a Gervasio se le esfumó la mudez y rompió a balbucir algo que ni siquiera él podía comprender. Y aunque había ensayado esa escena miles de veces en su cabeza, no encontraba la manera de iniciar la primera frase. Clavó la mirada en el techo unos segundos largos buscando entre las vigas de madera la primera palabra con la cual empezar a hablar. Las pupilas parecían saltar de una viga a otra sin sentido alguno. Cuando se agarraban a una viga con mucha ilusión, el Mudo abría su boca grande, porque ya tenía la primera palabra preparada, pero siempre la volvía a cerrar, porque las pupilas, decepcionadas, saltaban a otra viga. Después de tantos años de mudez, empezar de nuevo a hablar era un suplicio. Gervasio sabía que necesitaba recordar la manera de arrojar una primera palabra, pero ese primer vocablo se resistía a volver a tomar forma en su cabeza. Tras esa lucha, las pupilas abandonaron las vigas y se quedaron suspendidas sobre la lámpara de acero del techo. El Mudo respiró hondo, se puso las manos sobre el pecho como para quitarse un peso, abrió la boca, pero en vez de hablar, unos versos se desprendieron volando de manera muy apocada desde sus labios hasta los oídos de su amada. Cada rima escarmentaba el corazón de la mujer, y en cada verso había una modalidad de perdón. Las pupilas de Gervasio abandonaron también la lámpara y se hundieron en las lágrimas de su prometida.

Los ojos de doña Inmaculada, incapaces de aguantar la mirada del

zapatero, se pegaron a sus labios. Cada vez que Gervasio abría la boca para recitar un nuevo verso, la mujer levitaba a ras de sus recuerdos más curtidos: delante de la puerta del manicomio, hacía cuarenta años, justo en el momento en el cual Gervasio había conseguido escaparse de las manos de su padre para robarle a ella un último beso; ese beso que le había costado una ridícula y última paliza al chico que de mayor quería morir poeta. Esos labios que acabaron por abrirle a doña Inmaculada la puerta del pasado estaban rematando el último poema, esa vez rescatado de su cabeza y no de la del Elefante:

Si no hubieses tomado rostro humano
Cual fénix, amuleto del hombre de hojalata,
Te habría inventado de otras cenizas,
Convirtiéndome en tu amo.
O tal vez, te habría rescatado
De las brasas de mi propia serenata.
Qué bien que seas mujer y no pájaro.
Musa para poetas…
Tan cerca y a la vez tan lejos
De los cazadores furtivos y de las escopetas.

—Me dijeron que te habías vuelto mudo. ¡Pero qué bonito que vuelves a hablar! ¡Qué bonitas palabras! ¡Qué bonito poema!

A continuación, con parsimonia ceremonial digna de una princesa, le ofreció las manos. Gervasio se limpió apresuradamente las suyas sobre el mandil de cuero, cerró los ojos y las yemas de sus dedos, tanteando a oscuras, encontraron el camino hacia las palmas de su alteza, por mucho que el mostrador de la tienda se empeñaba en hacer de barricada entre los dos.

—¿Que si puedo hacer unos zapatos? Le haré unos zapatos a Manuel como nunca ha tenido en vida: cómodos como los de andar por casa, e igual de bonitos como los de los domingos para ir a misa; con cordones encerados, las punteras de alas, el cerco bien ajustadito, el empeine ni muy ancho, para que no abulte feo, ni muy estrecho, para que no se le hinche el pie. En las suelas le clavaré unas tachuelas de acero para que se le note bien el andar del hombre que un día fue.

—Andar, poco va a andar Manuel ahora; del purgatorio al infierno, ¡y por el camino más corto! Eso es todo lo que le queda por andar. Ese hombre primero me engatusó con tus versos, luego me amargó la vida. Me cortó las alas, cada día un poquito, hasta que… No sé… En realidad, nunca me hizo…, no sé cómo decirlo…

—¿Volar?

—Pues sí. ¡Nunca me hizo volar! Aunque, ¿sabes lo que te digo? ¡Ya está muerto! ¡Que Dios lo tenga en la gloria! ¡A él y a su madre! ¡Ay!, ¡que

me ahogo!

Gervasio rodeó deprisa el mostrador, achuchó a la mujer contra su pecho y le dijo:

—Aquellos a los que amamos no se van jamás: caminan junto a nosotros día a día por el sendero de la bienaventuranza. Y cuando está uno para caminar, debe hacerlo con un par de zapatos como Dios manda. ¡Vamos, doña Inmaculada, póngase bien! Ya pasó, ya pasó, ya está.

Cerró de nuevo los ojos; doña Inmaculada hizo lo mismo; acomodó la cabeza sobre el hombro aún fuerte de Gervasio y le pidió que le susurrase al oído otro poema de los suyos. Gervasio recordó un primer verso, pero el Elefante no estaba allí para dictarle los demás, y como no se cuidó en aprender a recordar más que su último poema, lo volvió a recitar al oído de doña Inmaculada, de modo que, de cerca, el poema sonaba como si fuese otro totalmente distinto:

Si no hubieses tomado rostro humano
Cual fénix, amuleto del hombre de hojalata…

Crescencia, clienta de toda la vida, entró por la puerta justo en el momento en el que los ancianos estaban abrazados, con los ojos cerrados, deleitándose con el poema. Cuando escuchó hablar al Mudo, las pupilas de la mujer rompieron a volar sobre las mismas vigas donde hacía unos momentos las pupilas de Gervasio procuraban encontrar los primeros versos de su último poema de amor. Tras el vuelo de su mirada por el techo, volvió en sí, se arregló un tanto la voz, pero a pesar de ello, como estaba tan alterada, le salió más bien un cuchicheo:

—Buenos días. Perdonen que les moleste, pero es que me mandó mi marido a buscar los zapatos, por si los tiene usted listos.

Gervasio se apresuró a volver detrás del mostrador. Con disimulo, cogió un martillo y, sin venir mucho a cuento, se puso a golpear la suela de un zapato cualquiera. En cuanto recobró la serenidad, sacó de un cajón un periódico de color café, le arrancó dos páginas, quitó las hormas del interior de unos zapatos, los envolvió, los colocó en las manos de la señora, y dijo:

—¡Espero que los disfrute! Y no te preocupes, ya me los pagará tu marido cuando pueda.

Crescencia cogió los zapatos, abrió la puerta y se fue corriendo. Y con ella empezó a correr, como la pólvora, el chismorreo.

Tan pronto se enteraron las marujas, acudieron en manada a arreglarse los zapatos. En menos de una hora, el local se llenó de clientas. Gervasio no podía hacerse más el callado. Se empleó a fondo en arreglar todo lo que le habían traído y en darles charleta con mucho gusto, ya que a partir de aquella tarde dejó de encontrarse tan abatido y decidió anular para siempre el voto de

silencio. Cuando pudo quitarse a las marujas de encima durante un rato, se escapó a la floristería para encargar una corona. La florista le preguntó qué texto deseaba poner en la cinta de inscripción. Sin pensarlo mucho, le dijo: «De un viejo amigo». También pasó por la confitería a comprar una bandeja grande de pasteles. Toda la tarde sirvió pasteles y té a las clientas, y para librarse un poco del ensimismamiento, incluso se atrevió a decirles que él se llamaba Gervasio, y que si no era mucha molestia, que hicieran el favor de dejar de llamarle el Mudo. Las marujas se miraron una a la otra enarcando las cejas; esa nueva ocurrencia del zapatero no hizo más que subirles el nivel de exaltación, ya de por sí elevado.

Al terminar la jornada, se fue a la casa de la viuda para acompañarla en el sentimiento. De camino, recogió la corona, pero el texto que había escogido no le acabó de convencer: hacía mucho tiempo que el difunto y él habían dejado de ser amigos. Tiró la cinta a un contenedor de basura y continuó su camino hacia la casa de la viuda.

A cada paso, las tachuelas de sus zapatos producían un sonido más consistente que nunca, más vigoroso y más decidido. Se volvió a sentir hombre; capaz de despertar la pasión adormecida en su alma e incluso en las almas ajenas. Una señora le preguntó la hora. Gervasio se remangó lentamente. Miró el reloj un rato largo. Miró a la señora a los ojos, y le dijo:

—Verá usted, en este mismo instante, según mi reloj, son las nueve y cinco minutos de la noche, y la vida acaba de comenzar.

En aquellos tiempos, los muertos se velaban en casa. Sobre la misma mesa del salón se colocaba el ataúd y los invitados lo rodeaban. Algunos lloraban, otros comían pasteles, otros bebían aguardiente de ciruelas. Los más oportunistas hacían las tres cosas a la vez. La viuda le abrió la puerta y le preguntó:

—Pero ¿qué nos habrá pasado, Gervasio? ¡Qué nos habrá pasado! Mira que eres… Y,¿qué voy a decir de mí? Que ni acaba de enfriarse Manuel, y me entrego en los brazos del zapatero. ¡Ay, la Virgen, Jesús, María y José! Se habrá enterado todo el vecindario, y ya no tenemos edad para pasar vergüenza. Lo nuestro se acabó; lo entiendes, ¿verdad?

Gervasio empezó a balancear la cabeza de un lado al otro mientras sobre su rostro se concretaba una inofensiva aprobación. Ante ese inminente peligro, doña Inmaculada juntó las manos en el pecho a modo de oración y siguió hablando en su pensamiento:

—¡Dime que no! ¡Por Dios, dime que no!

Se mordió un poquito el labio inferior, le dio una pasadita discreta con la lengua al labio superior, tragó saliva y continuó:

—A ver, ¿qué me traes tú ahí?

En una mano, Gervasio llevaba una bolsa de rafia con dos paquetes envueltos en papel de periódico. En la otra, sujetaba la corona de claveles rojos sin cinta de inscripción. Con mucho cuidado, arrimó la corona a otra semejante de rosas amarillas que llevaba una cinta blanca con la inscripción:

«Tu esposa Inmaculada».

Abrió el primer paquete y sacó los zapatos del difunto —Gervasio era un hombre previsor y esos zapatos los había fabricado hacía mucho tiempo—. Eran unos *brogues* negros, bien mimados. Con gestos precisos de entendido, él mismo se los calzó a Manuel, sin miedo alguno. Incluso colocó en el bolsillo de la chaqueta del difunto un par de cordones bien encerados, para que tuviera de repuesto en el más allá.

La viuda se acercó, acarició los zapatos un rato y, mordiéndose un poquito más los labios, le dijo:

—¡Son tan bonitos, Gervasio!, ¡muchísimas gracias! ¿Cuánto te debo?

—Nada. Cortesía de la casa. Al fin y al cabo, Manuel fue en su día mi mejor amigo.

Se dispuso a abrir el segundo regalo. Doña Inmaculada, esta vez, se mareó de verdad. Gervasio la cogió por la cintura antes de que llegase al suelo y despertase de un susto al muerto. No había nadie más en el salón. Ni siquiera los amigos de la partida de dominó, ni un solo vecino. La gente se escandalizaba con cualquier cosa y pronto daba la espalda. La sentó en un sillón y le sirvió un vaso de agua. Cuando la mujer recobró la razón, le dijo:

—¡Inma, llevo tanto tiempo trabajando en esos zapatos! Te pido que me perdones, igual están un poco desgastados. Me habré pasado en sacarles brillo. Pero gracias a ellos, estuve contigo todos esos años. Incluso les puse nombre.

—¿Sí? ¿Y cómo se llaman?

—Los Cenicientos.

Dos besos del zapatero —uno por cada mejilla— bastaron para detenerle las lágrimas que habían empezado a correr como riachuelos. Gervasio hincó la rodilla. Le quitó los botines a Inma y le colocó en los pies su obra maestra: un par de zapatos de charol con suelas finas de crepelina. A continuación, se levantó, se alejó un poquito y se quedó mirándola sin palabras.

Cenicienta se incorporó, le dio un último beso a su marido, cerró la tapa del féretro, y empezó a caminar por el salón con sus zapatos nuevos, despertando el silencio en cada zancada, hasta que rompió a volar.

Nyotaimori

—Caballeros, es importante saber que, antes de convertirse en bandeja humana, la joven aseó su cuerpo con jabón inoloro, para no alterar los aromas de los manjares que van a degustar. Asimismo, como el *sushi* y el *sashimi* se suelen servir fríos, tras la ducha, la joven ha permanecido sumergida en una bañera de hielo durante un cuarto de hora con el propósito de reducir su temperatura corporal.

»En nombre de todo el equipo que formamos Naked Sushi y en el mío propio, les agradecemos mucho la visita y la confianza en nuestro saber hacer. Con la esperanza de llegar a estar a la altura de sus expectativas, les invito a pasar al comedor, deseándoles buen provecho y que disfruten de la velada.

»Es un gran honor que hayan elegido nuestro restaurante para cenar esta noche; para cualquier cosa que necesiten, les ruego que hagan sonar el cascabel que está colgado al lado del cuadro y les atenderemos de inmediato.

Nada más terminar el exordio, *kyūjichō* —como suelen llamar los japoneses al *maître*— agachó la cabeza, abrió la puerta y nos invitó a pasar a Toshirō, a Satoru y a mí. El reservado tan solo tenía una mesa baja en el centro y, sobre la pared, a un costado de la puerta, había un cuadro grande con mariposas lilas de cuatro tonos disímiles; a su lado, un cascabel dorado. En la pared de enfrente, colgada, una catana vieja en su vaina, como si estuviera lista para ser empuñada en cualquier momento.

Boca arriba, completamente desnuda y envuelta en una luz malva que descendía del fanal de papel colgado del techo, la joven había reducido el movimiento de su diafragma hasta tal punto que su cuerpo inmóvil parecía haber sido esculpido del mismo bloque de mármol blanco que la mesa sobre la cual estaba acostada. Las raciones de *sushi* y de *sashimi*, tanto como los menudos salseros de porcelana llenos de *wasabi* y de jengibre, se mantenían en perfecto equilibrio sobre unas hojas grandes y verdes de *shiso*, que suplían los platos y estaban repartidas por todo su cuerpo. En perfecta quietud y ornamentado de esa manera, el cuerpo de la mujer dejaba de ser percibido

como un cuerpo humano.

Parecía una pintura que representaba a una deidad sibilina del océano, o a un ser celestial con las alas recogidas, caído del cielo directamente en el mar. Un cuadro creado a base de estallidos de tonalidades que iban desde el rojo, naranja y morado de los tacos de pescado, hasta el verde y el índigo de las hojas-bandeja que lo adornaban. Algunas rodajas de limón sobre los hombros, rodillas y palmas, aportaban más color aún. Decenas de flores de campo multicolores ocultaban la entrepierna de manera muy discreta y refinada. Algas de todo tipo se encargaban de dibujar intrincadas plumas que creaban la ilusión de tres pares de alas desplegadas a ambos lados de la cara, las piernas y los costados del serafín marino; cada una de ellas formada por una maraña de filamentos y texturas únicas. Los senos estaban cubiertos por sendas flores rojas con forma de clarín llamadas *higanbana* o azafrán del río. El negro presente en las algas *nori*, que constituían la base de las raciones de *sushi*, se asomaba al blanco que destacaba de manera equilibrada en los rollos de arroz. Sobre el cuello, relumbraban centenares de gotas de caviar de Miyazaki. La cara quedaba completamente tapada por trozos de concha de mejillones, de almejas y de berberechos que hacían de cama para un gran centollo purpúreo. Esa mujer parecía haber irrumpido en el reservado del restaurante desde la mismísima mente portentosa de Giuseppe Arcimboldo. Comer aquellos manjares convertidos por el arte de los cocineros en vestido de gala era como profanar una obra de arte. Fue Satoru quien se atrevió a probar la primera rodaja de *maki*, iniciando así el acto de sacrilegio.

Llevaba años viviendo en Japón y, aunque había oído hablar de *nyotaimori* —la cena que se sirve directamente sobre el cuerpo de una mujer desnuda—, nunca se me presentó la ocasión de disfrutar de ese ritual. Mis dos amigos osaqueños me prepararon esa sorpresa a modo de despedida de soltero y, aunque me sentía incómodo con la idea, acepté la invitación para no zaherirles, y evité sugerirles ir a cenar a otro restaurante. Viviendo aquí, aprendí que, para no ofender a los anfitriones, comes lo que ellos comen, inclinas la cabeza las veces que ellos lo hacen, sonríes mucho y, al acabar la cena, te tomas al menos un chupito de sake.

Cogí una rodaja de *yuzu*, un cítrico parecido al limón que adornaba el tobillo de la mujer, me la metí en la boca y, antes de tragármela, la mastiqué un rato para neutralizar el paladar con su sabor más aromático y menos ácido que el de limón. De esa manera, me preparaba para saborear un trozo de atún rojo que había mojado previamente en un diminuto salsero de *wasabi* que reposaba sobre su ombligo. Cuando terminamos de cenar todos los bocados que aquel cuerpo beatífico nos había brindado, Toshirō le quitó con mucho cuidado el centollo de la cara, y luego continuó con los trozos de concha con la intención de que le viésemos el rostro. Incapaz de desprender mi mirada de aquella mujer, me tomé de un trago un chupito de sake, hice sonar el cascabel y, cuando llegó el *kyūjichō*, le pedí que nos trajera más. El hombre aprobó con la cabeza y desapareció de inmediato. Unos segundos más tarde, nos trajo una

pequeña damajuana, inclinó la cabeza y se esfumó de nuevo. Llené un chupito y lo emboqué por la garganta de un solo trago sin separar la vista del cuerpo de la mujer bandeja. Hice lo mismo con el segundo. Tras el tercero, Toshirō me quitó la damajuana de las manos mientras me sonreía. Decidí esperar con paciencia a que la chica abriese los ojos. Sobre su rostro descubierto, se dibujaban ahora un par de labios sibaritas, las dos curvas falcadas de pestañas etéreas y la nariz voluptuosa que, desde hace un año, yo tenía el privilegio de contemplar cada mañana en un silencio pulcro, antes de ir a trabajar, mientras ella dormía. Pestañeó multitud de veces antes de abrir los ojos y, cuando nuestras miradas se cruzaron, las mariposas rompieron a volar desprendiéndose del cuadro, agitando sus alas lilas durante un buen rato hasta que decidieron meterse en la oscuridad de la vaina y reposar con las alas recogidas sobre el filo de la catana.

Ese serafín de ojos almendrados que tenía delante y que me miraba con pavor a los ojos no trabajaba en el turno de noche de la conservera —tal y como me lo había contado—, a pesar de que cada mañana, al acostarse a mi lado, desprendía un franco aroma de pescado.

Con los labios estremecidos, incapaz de dejar de mirarme, me imploraba con los ojos que no le hablase delante de mis amigos. Cogí unas semillas de sésamo que le habían quedado pegadas sobre el hombro, y antes de llevármelas a la boca, le rocé la piel con la yema de los dedos. Entre tanto, incliné suavemente la cabeza, y cerré con parsimonia los ojos, hallando la manera tácita de decirle que no había de preocuparse: que no le pediría explicaciones; ni delante de la gente, ni a solas tampoco. Luego los volví a abrir y sonreí, aunque me hubiese gustado llorar a placer. Midori respiró aliviada cerrando por fin los ojos, pero fue todavía incapaz de recobrar el sosiego: por debajo de cada párpado, pequeñas y frenéticas criaturas en forma de esferas se contorsionaban tratando de liberarse del abismo de la oscuridad para abrirse camino hacia la luz. Las pestañas, convertidas en una verja tiesa de lanzas afiladas, se volvieron a ablandar tras la lucha librada por esas esferas. Midori se rindió y abrió los ojos. Acorraladas, sus pupilas, como dos péndulos sincronizados, emprendieron un movimiento cadencioso, sin tregua, entre el cascabel y la puerta, entre la puerta y el cascabel.

Hice sonar el cascabel. Midori respiró hondo. *Kyūjichō* abrió la puerta y, sin abrir la boca, intercambió una mirada con Midori. Esta asintió con un levísimo gesto de cabeza.

Kyūjichō volvió de inmediato con un kimono inmaculado en los brazos. Midori se vistió con urgencia, se inclinó ante nosotros y se fue. Nosotros devolvimos la inclinación en señal de agradecimiento y nos despedimos. Sobre la mesa del reservado quedaron las sobras del banquete y, en mi memoria, la necesidad de recrear el cuadro inicial una y otra vez.

Una vez sufragada la cuenta, *kyūjichō* inclinó la cabeza; nosotros también.

Luego me despedí de mis amigos; ellos inclinaron las cabezas, yo hice lo

propio con la mía y, de camino hacia casa, me sentí de repente más aliviado, más confiado y más integrado que nunca. Colmado por un sentimiento de potestad, sentía cómo dejaba atrás al *yosomono* para siempre. De todas las palabras que había conseguido aprender en japonés, esa era la que menos me gustaba; probablemente, porque los japoneses escogían ese vocablo para llamarme «forastero» a la cara con una naturalidad que nunca terminé de entender.

Pensé que tal vez el amor que sentía por la que estaba a punto de convertirse en mi mujer conseguiría ayudarme a comprender las costumbres más extravagantes de este país y que, con el tiempo, sería capaz de dejar de pensar en los hombres que se alimentan por las noches del cuerpo de Midori, puesto que yo era el único elegido para catar su alma, a pequeños bocados, hasta el fin de mis días.

Un dios de ojos azules

En cuanto abrió los ojos, los guerreros de piel morena dieron un paso atrás, y un collar de lanzas afloró en torno al pescuezo del forastero. Diez eran los hombres del bosque, diez las lanzas que empuñaban, y en cada una de las diez hojas de acero en forma de pica se reflejaba el rostro del abatido hombre blanco.

Por debajo de esa gargantilla afilada, las arterias de Gustav latían más fuerte que su corazón, y el miedo anidaba en cada gota de sudor; por cada una que se estrellaba contra el suelo, su piel exudaba dos.

Aunque se encontraba cerca de la muerte, empezó a reír. Como los guerreros desconocían la risa, irguieron desconfiados las armas. Gustav se tragó las carcajadas y, con el mentón alzado, se puso en marcha. Al explorador le esperaba una caminata larga a través de una jungla sin senderos, escoltado por unos hombres sin piedad. A los hombres sin piedad, lo que parecía esperarles era la gloria.

El aprehendido, en lugar de ojos, tenía dos chinas de zafiro vivo que se ensanchaban cuando tenía miedo de igual manera que lo hacían las pupilas pardas de sus captores, sobre todo durante la caza de hombres.

A través de esos ojos azules que abrían de par en par las puertas de los pensamientos, los guerreros escudriñaban en el interior del alma de su presa de piel clara cada vez que tomaban un descanso.

Algo inusual veían allí, porque antes de emprender nuevamente la marcha, relajaban un poco las lanzas; en aquellos momentos, la veneración, como una lagartija escurridiza, aprovechaba y se colaba en sus mentes.

El hombre de piel pálida que tenían gobernado a punta de lanza se parecía mucho al dios de la honda de oro.

Cada vez que el viejo chamán les permitía fumar semillas de amapola en su pipa de plata, o cuando en las noches de verano se dejaban morder junto a la hoguera por serpientes de veneno narcótico, veían a ese dios emerger del fuego. Levitaba por encima de las llamaradas y, llegado a la altura de las

primeras ramas, tensaba las cuerdas de una honda de oro, disparando piedras mortíferas hacia los lémures negros.

Sincronizados con el chamán, derramaban lágrimas de júbilo mientras engendraban la veneración por el dios que manejaba hábilmente la honda de oro y tenía los ojos del mismo color que los primates de los cuales se alimentaban. Como todos los hombres ávidos de fe, ellos también ansiaban un ser superior en quien creer, por quien luchar, en cuyo nombre matar, y por quien morir jóvenes. En las noches previas a las cacerías, sacrificaban un buen macho y le pedían a ese dios que les afinase la puntería para poder matar más. Al volver de la caza, sacrificaban otro ejemplar y pedían perdón por haber quitado tantas vidas. Aunque cerreros, poseían una desmedida hipocresía. Antes de la «gran cacería» que tenía lugar al acabar la estación seca, el ritual era el mismo, pero en vez de un macho, sacrificaban una hembra preñada. El chamán aún no había conseguido engendrar un heredero y no le importaba llevar a cabo ese tipo de barbaridades para mantener viva la esperanza de conseguirlo algún día.

En cuanto llegaron al poblado, el chamán abrazó a cada uno de los hombres, mandó callar a los perros y ordenó por señas al forastero que se desnudase. Le examinó con detenimiento los brazos, los muslos, el pecho, la espalda y las nalgas. Tras escupirle varias veces en la cara, certificó con un chillido de alegría que los zafiros de las cuencas de Gustav estaban vivos y que, a falta de la prueba de la honda, todo indicaba que él podría ser el dios esperado. Para limpiarle las heridas, y purificar su cuerpo expuesto durante demasiado tiempo al hierro de las lanzas, mandó llenar con agua un caldero grande y basto, pero dorado.

«Después de todo, un baño calentito con vistas a la playa sería un auténtico lujo», pensó para sí el extranjero, mientras soltaba otra risa amarga. Debido a la risa, las lanzas volvieron a rodear su pescuezo. Esta vez, sumergido en el agua calentita que desprendía olor a romero, Gustav apenas notó las gotas de sudor frío en las cuales se refugiaba su miedo, y entendió que lo más prudente sería ahorrarse la risa; aunque era inofensiva, cada vez que la escuchaban, los ignorantes salvajes se volvían más agresivos.

Mientras los hombres avivaban el fuego con leña y con sus cánticos, las mujeres, desnudas, le echaban flores y plantas aromáticas reservadas para la ocasión.

Con los ojos cerrados, los perros ensanchaban los hocicos para que la brisa suave que barría el poblado antes de cada ocaso les trajera el aroma que desprendía el caldero sagrado. Las flores danzaban sobre la superficie del agua del caldero, convirtiendo su baile en una orgía: la *renala*, la flor del baobab, le hacía el amor a la *fandrika*, la orquídea fantoma; el *voavangy*, lirio de la cruz, a la *ravanala*, la palma del viajero; y el *vohimena*, el palisandro del desierto, a la *voafotsy*, la flor de fuego. Los jugos que soltaban cada una de esas flores y plantas se disolvían en el agua, y las emanaciones aromáticas transportadas por la brisa impregnaban los hocicos de los sabuesos y de los aldeanos por

igual, y se cristalizaban en sus mentes.

Los muchachos sumergían largos palos de bambú en el caldero, soplando con fuerza por el otro extremo. Sobre la superficie, miles de burbujas animaban la fiesta. Aunque el chamán era un hombre poseído por los celos y no le gustaba en absoluto esa parte del ritual, para honrar la tradición y no fallar a su gente, permitió que su mujer Hanitrá se bañara con el que estaba llamado a ser el dios de la honda dorada. Antes de desaparecer por completo debajo del agua, la mujer se repasó lentamente los senos con una esponja marina; luego, con la misma lentitud, se repasó la cara, insistiendo mucho sobre los labios abultados. A Gustav se le iluminó el rostro; al chamán se le dilataron las pupilas pardas. Hanitrá continuaba debajo del agua. Los muchachos se esmeraban con el burbujeo. Los niños le enseñaban la lengua al extranjero mientras golpeaban con cucharas de madera un cuenco hecho con media calavera.

Bajo el agua, la mujer del chamán hacía olas moviendo la cabeza de atrás para adelante, provocando que el caldero arrojara parte de su agua. Y en el momento en el que se detuvo, espumarajos blancos aparecieron en la superficie floreada del caldero, mientras ella emergió como lo hacen las sirenas, para expeler agua. Temblando, Gustav, en vez de reírse, gimió. Cuanto más gemía el forastero, más recordaban su risa los guerreros, que terminaron por imitarla; de ese modo se iba formando una insólita armonía vocal, un diálogo entre un gemido placentero y unas carcajadas disonantes.

La chamana salió del caldero y, con la misma esponja de antes, se limpió la boca.

El explorador quiso seguirla, pero el inseparable collar de picas le recordó que él todavía era la presa. Debajo de la capa fina de vaho que recubría las hojas afiladas de cada una de las diez lanzas, se ocultaban los inclementes rostros de los hombres que, aun conservando la fe, la veían resquebrajarse con las primeras dudas.

En el instante en el que el sol acabó sumergido en las olas y de las mismas aguas emergía una luna irisada, el chamán permitió que Gustav saliera del caldero. Las mujeres avivaron un poco más el fuego, despellejaron dos pares de lémures sin entrañas, los metieron en el caldero y, tras dos, tres hervores, toda la tribu probó la sopa.

En el plato del chamán flotaban dos hojas de *voafotsy*, exquisito manjar de flor de fuego. Colocó con mucho cariño una en el plato de su mujer y la otra, tras masticarla un tiempo, se la ofreció a su nuevo amigo.

Al darse por terminada la cena, apagaron el fuego y la tribu se fue a dormir. Gustav durmió sobre el suelo desnudo, junto al caldero, vigilado por un guerrero. Por la mañana temprano, los cazadores lo despertaron y se lo llevaron al bosque. Le pusieron en manos una honda de oro y una faltriquera de cuero con media docena de piedras. A Gustav se le daba de maravilla el tiro con la honda: mató dos parejas de lémures y le sobraron un par de piedras. Tras la provechosa partida de caza, el chamán le colgó los cuatro trofeos al

cuello, reunió a la tribu, lo bendijo con un par de escupitajos más, y lo proclamó el «dios de los ojos azules, de la caza, de la puntería y de la honda de oro».

El viejo llevaba media vida emparejándose con mujeres de la tribu con la intención de engendrar un heredero a quien traspasar su sabiduría chamánica. Tener en el poblado a un dios de carne y hueso ayudó a que se cumpliesen sus plegarias, visiones y profecías. Cuando por fin Hanitrá se quedó preñada, el chamán le otorgó a Gustav, a mayores de sus cuatro atributos, el de la fertilidad.

Tras unos meses, los hombres volvieron a avivar el fuego con leña nueva y con los antiguos cánticos. Hanitrá rompió aguas en el caldero, entre las flores que flotaban como nenúfares sobre la superficie del agua y las miradas incrédulas de las mujeres. Para aguantar los nervios del parto, el chamán se dejó morder por tres serpientes y se fumó él solo dos pipas de semillas de amapola sacrosanta. Y mientras esperaba que Hanitrá liberase la criatura, el opio y el veneno hicieron su efecto: por delante de sus viejos ojos paseaban todas las mujeres *malagasy* que había desvirgado, y todas las hembras preñadas de lémures que había sacrificado. Luego, esa alucinación se ensanchó: se vio a sí mismo en el medio del mar, sobre una balsa a la deriva, desatendido entre las olas como si fuera el dios de la soledad absoluta. De sopetón, el mar abrió una boca grande y lo engulló justo en el momento en el cual un sol color arcoíris se arrodillaba a los pies de una luna blanca. En otra isla, lejos de la suya, una tribu que no era su tribu, oraba en un idioma que, aunque le sonaba familiar, no entendía.

Hanitrá expulsó a la criatura. El chamán sumergió las manos en la paridera, cogió a la cría, le cortó el cordón a mordiscos y la alzó por encima de la cabeza esperando el primer llanto. La tribu estaba expectante, aunque había algunos con manifiesta incredulidad dibujada sobre las caras.

Y en vez de echar un buen llanto, el bebé de piel morena, que tenía por ojos dos chinas azules desprendidas del cielo, soltó una risa salvaje. El chamán se desplomó como se desploman los lémures de las ramas, alcanzados por las piedras letales. Bastó un gesto suyo para que los guerreros tumbaran al extranjero e hicieran que el collar de picas le traspasase por fin la garganta. Más tarde le quitaron la ropa, clavaron en el suelo una estaca a la cual lo ataron arrodillado y, aunque estaba muerto, formaron delante de él un pelotón de ejecución esperando, con las hondas tensadas, la orden de disparar. El sabio se acercó, y agarrándose con las dos manos al palo, le asestó con desmedida crueldad unos rodillazos que, aparte de desnucarlo, le partieron las costillas y la cara. Con cada golpe, Gustav se sobresaltaba como lo hacía en vida siempre que se reía. Tras la paliza, el cadáver, reducido a un amasijo de huesos destrozados, arrojó por la boca una carcajada de sangre coagulada. Llegado al lado de sus hombres, el viejo dio la primera orden: disparar.

Como si la muerte misma no fuese suficiente para satisfacer su sed de venganza, los guerreros infligieron un sufrimiento todavía mayor al cuerpo sin

vida de Gustav: hicieron disparar las hondas desde tan poca distancia que las piedras, estrelladas con tanta violencia contra el cuerpo del muerto, fueron capaces de desgarrar con unos crujidos siniestros primero la piel, luego la carne. En cuanto algunos pedazos ensangrentados empezaron a saltar por el aire, el chamán dio la segunda orden: soltar a los perros. Los canes se disputaron con ansia los restos esparcidos por el suelo, sin importarles demasiado que estuviesen cubiertos de polvo.

Concluida la profanación del dios de mentira, el chamán se le acercó de nuevo, le levantó el mentón, le escupió por última vez —en esa ocasión con desprecio— y, con saña, le arrancó los ojos que tanto mundo habían visto. Los chuchos devoraron encantados esos pedacitos de cielo azul, con la esperanza de recibir cuanto antes las vísceras y el cerebro.

Colmado de deshonor y de vergüenza, y falto de la ilusión de ser padre, el chamán mató a Hanitrá. Una mujer piadosa y atrevida, tras ayudar al bebé a vaciar las tetas llenas de leche aún calentita, lo colocó en una cesta de bambú mientras el cornudo fabricaba con sus propias manos una balsa de baobab; la balsa le salió basta pero dorada. Sobre ella se echó a la mar junto a la extraña criatura que era capaz de reír incluso cuando en el medio de la noche el agua fría le mojaba la cesta.

Al igual que el veneno y las semillas de amapola, la inminencia de su propia muerte le ayudaba a tener visiones: más allá del confín de las aguas, le pareció ver un sol grande, transparente, una pompa gigante de espuma marina, extraviada y bailando sola. Emergidos de la nada, varios críos llevaban unos cuencos hechos con calaveras y cantaban una canción cuya melodía se parecía a la de una nana; sin embargo, la letra hablaba sobre el ocaso, sobre el miedo a morir y sobre la luna. Cada niño llevaba una faltriquera atada a la cintura como única prenda. El más fuerte de ellos abrazó la pompa para que no se diese a la fuga. Los demás, tras mojar los dedos en los cuencos llenos de pintura, la arrojaban contra la burbuja de gelatina. Las teñiduras se escurrían, se mezclaban una con la otra hinchiendo la esfera de colores irisados. Mientras los niños se alejaban para contemplar el cuadro, ocurrió lo que predecía la letra de su nana:

La luna blanca se tragará un pedazo de sol,
Na, na, na,
Ay, qué gran maravilla, na, na, na,
Una luna blanca na, na, na, duérmete ya,
Una noche larga tra la, la, la.
Duérmete, duérmete, ya.

Antes de desaparecer en la nada, los críos sacaron de las faltriqueras unas vaquitas de San Antonio y las pusieron a caminar en línea recta en la parte baja del lienzo. El chamán escudriñó en el horizonte y vio desfilando

sobre esa línea fina las sombras de todas las mujeres *malagasy* que había desvirgado, y de todas las lémures preñadas que había sacrificado. En el medio del mar, de la soledad y de la locura, el viejo abandonó la balsa y se dejó engullir por un par de olas de gargantas oscuras.

La rompiente del arrecife hizo añicos su ropa, y los bordes de los corales —más afilados que las lanzas de sus guerreros— lo despedazaron. Unos peces con cara de perro se disputaron sus piltrafas mientras la mar limpiaba la sangre.

El bebé ahuyentaba con su risa a los peces de presa y, resguardado en la cesta, llegó ileso a la playa donde las olas trajeron también los restos de la balsa.

«La madera de esa balsa la podré convertir en una cuna dorada», pensó para sí un joven chamán a pie de la playa. Tras alzar por encima de la cabeza la graciosa criatura, y cogiendo prestada su cesta, que decidió usar como sombrero, aseguró a los suyos que por fin, después de tanta espera, se había cumplido la profecía: el mar les había traído al dios moreno de ojos azules.

Agradecida, la tribu miró la luna y entonó en coro la sagrada oración a carcajadas.

La viuda y el guacamayo

Si no fuera por el brillo de sus ojos y por el incesante parpadeo, podría pasar por un pájaro de cartón piedra. Me lo había regalado Karmala, mi vecina del noveno, unas semanas después del entierro.

La soledad había convertido a Karmala —que, antes de ser Karmala, había sido Carmela de toda la vida— en una mujer mística, en busca de nuevas experiencias espirituales. Se perdió por el mundo, desde la India hasta Brasil, «para volver a reencontrarse consigo misma y poner en orden todos sus *chakras*».

—Pensé en ti, Amaya. La energía que transmite este pájaro es única. Además, me dijeron que él también perdió a su pareja. ¿Sabes que tienen una sola pareja durante toda la vida? Seguro que os llevaréis bien. Me lo habría quedado yo, pero acabo de descubrir que tengo una nueva alergia: a las plumas de las aves psitaciformes, ¡tú!

—¡Vaya! ¿De verdad? Y… ¿qué come el papagayo? —le pregunté yo, con una dosis de pragmatismo que ella supo esquivar perfectamente:

—¡Tú dale amor de momento! ¡Mucho amor! ¡Y energía positiva! ¡Y que sepas que no es un papagayo! Es un guacamayo. Un guacamayo azul.

Karmala me puso el pedazo de jaula en los brazos, y se fue.

Desde entonces, cada mañana lo saco al balcón para que le dé el sol. Tengo tanta confianza en él; siempre le dejo abierta la puerta de la jaula para que salga y vuelva a entrar cuando quiera. De hecho, es el único momento del día en que se mueve. Despliega las alas y gira la cabeza hacía mí, como preguntándome: «¿Qué harías si rompiese a volar?». Nunca vuela de verdad. Solo aletea un poquito y después se queda quieto. Es un buen pájaro. Me come de la mano; frutos secos y trozos de papaya. Me alegra un poco los días, ya que, desde que se fue Pedro, despierto todas las mañanas con ganas de tirarme al vacío. El guacamayo me mantiene cuerda. Hace, el pobre, lo que buenamente puede. Cuando le hablo, casi siempre asiente dos, tres veces con la cabeza, pero nunca abre el pico. No es de los que hablan. Se le da mejor

escuchar. Cuando no estoy llorando, soy yo la que le habla, y siempre le repito las mismas cosas. Siempre. Como un loro.

—¿Sabes, Amayo…?

Bueno, le puse Amayo porque, como yo soy Amaya, ha sido lo primero que me pasó por la cabeza cuando me enteré de que no es un papagayo. Es un guacamayo. Pues eso: guacamayo: Amayo. Yo Amaya, él Amayo. Como diría Karmala: «Las cosas en el universo ocurren por alguna razón». ¡Eso sí me lo creo! Lo que no entiendo aún es por qué Pedro tuvo que morir.

—¿Sabes, Amayo…? Hoy mismo habríamos cumplido cuarenta años de matrimonio. ¡Tengo algo en mente para celebrarlo!

Y me voy derecha al armario viejo donde guardo ropa y otras reliquias del pasado. Yo no sé cómo se hace aquello de «volver a proyectar la vida más allá del pasado», como dice Karmala. No sé hacer esto. Mi única manera de aguantar el día a día es, precisamente, invocar los recuerdos —mientras todavía los tenga—.

Y con esa idea, saco del armario mi vestido de novia, los guantes y el velo; los tiendo sobre la cama, para que les dé el aire; me siento sobre la silla del tocador; enciendo la luz del espejo y empiezo:

Primero me pinto los labios con un carmín viejo que hace tiempo que no desenfundo. Ya no conservan la firmeza de antaño; el carmín acaba de devolverles algo de color y de volumen, pero por más que repaso no dejan de remedar un par de tiras enflaquecidas montadas por encima del mentón. Definitivamente, esos no son mis labios.

Paso mucho más tiempo intentando taparme las arrugas. Sobre todo, las más hondas —las del mentón precisamente—, donde por las mañanas se me encharcan las lágrimas.

El pelo, largo y ondulado, me tapa los hombros; llega por la mitad de la espalda. Jamás me lo he teñido, para que no perdiese vigor. Su blanco fulgurante me confiere un aire de reina gótica en la marchita flor de la vida. La cabeza libra la batalla de siempre con el flequillo travieso que me había acarreado todo tipo de tics a lo largo del tiempo.

Por mucho que me empeño en abrir más los ojos —para que reflejen un poco de luz—, soy consciente de que el destello se quedó atrapado hace tiempo detrás de las pupilas. Aun así, me gustan todavía esos ojos magnos que tengo y que están luchando para no acabar aplastados por un par de párpados invasivos, que tampoco parecen míos. Los disimulo con el sombreado.

Me pongo el vestido. Me cubro la cara con el velo vaporoso de encaje veneciano, y me tomo mi tiempo para enfundarme los guantes largos de seda que, en la oscuridad del armario, y debido al paso del tiempo, se han vuelto igual de amarillentos que el velo y el vestido.

Me miro por última vez en el espejo y descubro que acabo de vestir de novia a una anciana que ha tomado prestado mi cuerpo.

Miro a Amayo y pienso que ningún guacamayo del mundo puede sustituir a Pedro y ayudarme a «amarrarme como sea al presente». Lo cojo en

brazos, le doy un beso y a él también lo lanzo hacia un futuro incierto.

Karmala, en posición de flor de loto, entregada a su sesión de yoga, se empeña en levitar por encima de la alfombrilla de dromedarios que se trajo hace cuatro años de Estambul. Alterego, su *bulldog* inglés, la mira sin mucho interés desde el sofá.

Antes de ir a trabajar, Francisco, el vecino del décimo A, con el mono puesto y la pretina abierta, le hace el amor a toda prisa a Rebeca, la cuarentona del octavo que, agarrada con las dos manos al alféizar de la ventana, dilata las pupilas un poquito más, sin pudor, en cada embestida.

Los Suárez, reunidos alrededor de la mesa verde del comedor, bendicen el desayuno cogidos de las manos.

En el sexto, Cándido Paz Llorente, delante del portátil, escribe con los ojos cerrados un libro. ¡No me he leído los primeros cinco y me voy a leer el último! ¡Venga ya! Pero me suena de algo el título: *La viuda sin alas*.

Manuel, el benjamín de los Fernández, con los ojos como platos, mira por la ventana en vez de acabarse el desayuno.

—¡Papá, papá, la vecina del décimo está volando! —le dice el muchacho al padre, mostrándole la ventana.

—¡Ya! Cómete la puñetera magdalena y déjate de *maris pompis*, ¡coño!, que vamos a llegar tarde —le corta el padre y, a continuación, le proporciona una colleja de las que duelen.

En el cuarto, la persiana está bajada. Álex, el cirujano, seguro que tuvo guardia y ahora está descansando. Sobre la persiana se proyecta la sombra de un ángel. El aire frío se cuela por debajo del vestido y, junto al miedo, convierten en diminutas canicas de hielo el sudor de mi espalda. ¿Habré llegado a las puertas del paraíso? ¿Volveré a ver a Pedro? Se me disipan las dudas cuando por mi derecha veo a Amayo aleteando. Se aleja de mí y, a la medida que lo hace, la sombra del ángel empequeñece hasta que se queda en nada.

En el tercero me doy cuenta de que la vida pasa muy deprisa, y cierro los ojos antes de que se acabe, por aquello de que en los últimos instantes te pasa por delante la vida entera. ¡Qué va!, ¡para nada!

El contacto con el asfalto me quita definitivamente las ganas de vivir. Don Prudencio, el portero, sale de la portería, se arrodilla y me coge en sus brazos.

Nunca le hice caso a Pedro cuando me decía: «¡Ese hombre te mira, Amaya! ¡Te mira como si no hubiese un mañana!». Yo siempre le respondía: «¡Que mire, cariño, que mire! Mientras yo solo tenga ojos para ti, alégrate de que todavía haya hombres que me miren».

Lo último que me llevo es el abrazo abatido de don Prudencio, sus lágrimas desaladas de hombre viejo, y sus últimas palabras: «¡Por Dios, doña Amaya! ¿Cómo me hace esto?».

Don Prudencio mira delante, detrás, hacia un lado y hacia el otro, y finalmente me roba un beso en la boca. Un segundo más tarde, por las comisuras de los labios me brotan dos riachuelos de sangre oscurecida.

Memorias de un viejo camarero

A don Ernesto, el último eslabón del linaje de los camareros con alma de poeta, hace años que nadie lo llamaba Ernesto a secas. El tiempo había parasitado su cuerpo, carcomiendo su piel, la luz de los ojos, devorando en silencio el vigor de sus huesos, engullendo a bocados pequeños sus últimos sueños; los años, como sanguijuelas despiadadas, se habían tragado la mitad de sus labios, mientras que la costumbre de permanecer callado se había encargado de la otra mitad. Con la piel arrugada, los ojos entornados y el rostro desprovisto de labios, parecía una oruga errabunda, condenada a arrastrarse por la vida, ciega.

La vejez había conseguido someter la mayor parte de su cuerpo, excepto el tic nervioso, que le acompañaba desde joven: subirse las mangas una y otra vez. Aunque ya no lo hacía con la misma frecuencia que antes, no pasaba más de media hora sin que pellizcara la tela con el dedo índice y el pulgar para retrocederla con fuerza: primero la manga izquierda, con un movimiento certero y veloz, ¡zas!, y después la derecha, ¡zas!, sin falta.

A don Ernesto se le había escapado la vida entre una callada y otra, entre un ¡zas! y otro ¡zas!, detrás de la barra del bar de escritores que había heredado de su abuelo.

El local se llamaba Doce Opalinas por la lámpara Emeralite edición 1919. Ese modelo ya no se veía por ningún sitio, ni siquiera en las salas de lectura de las bibliotecas, donde antes las había a centenares. La Emeralite había sido diseñada para reducir el deslumbramiento y la fatiga ocular, y proporcionar una luz suave y enfocada para la lectura y el trabajo de mesa. El pie de latón macizo impedía que se volcara con facilidad. Se encendía y se apagaba tirando de una cadenilla. Cuando los clientes se maravillaban con las Emeralites, don Ernesto abandonaba su silencio por un momento y les pedía el favor de llamarlas «Opalinas» por la pantalla de opalina que imitaba la forma del casco de un barco boca abajo; era verde oscuro por fuera y blanca por dentro. El local tenía solamente doce mesas. Sobre cada mesa, una

lámpara. Doce mesas, doce Opalinas.

En cada una de las mesas se solía sentar un escritor solitario que, en vez de escribir en un cuaderno, plasmaba sus pensamientos sobre las servilletas del bar. Sin embargo, hacía tiempo que nadie encendía las Opalinas. La misma clase de parásito que había devorado silenciosamente a don Ernesto, había causado estragos también en su madriguera: las doce mesas, talladas y pintadas como si fuesen antiguos libros, eran tan solo un recordatorio de lo que una vez fue el bar de los escritores de servilletas; se desgastaron tanto que apenas se podía apreciar la tipografía antigua. La primera letra, grande y con voluta, se había borrado y los motivos vegetales que rodeaban el texto estaban irreconocibles.

Los viejos atriles de lectura que formaban los respaldos de las sillas de madera de palisandro estaban cubiertos de polvo y despojados de barniz.

La barra del Doce Opalinas, obra maestra de la decoración del local, construida a base de libros viejos colocados unos sobre otros como si fuesen ladrillos, pegados con cola y compactados con decenas de manos de barniz, era ahora una ruina que apenas se mantenía en pie. El paso del tiempo y la humedad habían desgastado el barniz que algún día los mantuvo brillantes.

Las paredes del bar tapizadas con páginas arrancadas de libros viejos se desmoronaban, y solo se podían ver trozos de páginas ennegrecidas por el tiempo y la falta de mantenimiento.

El techo, otro atractivo del local, no conservaba ni un solo verso de *La divina comedia*; se habían ido desprendiendo hasta dejar a la vista una bóveda de madera agrietada que lloraba durante las tormentas.

Tras el fallecimiento de don Fernando, quien ostentaba el título de escritor de servilletas y era el último cliente en ejercer esa eminente habilidad, la especie de los dinosaurios de la escritura sobre servilletas había quedado declarada oficialmente extinguida y, como consecuencia, no había ya motivo alguno para mantener abierto el añejo bar que se deshacía a trozos.

El único vestigio que no criaba polvo era la vieja foto de su abuelo ensortijándose el bigote. Don Ernesto la lustraba a todas horas, hasta desgastarle las esquinas del marco.

Con el paso de los años, las servilletas apenas habían sufrido cambios: misma textura, misma forma, misma capacidad de absorber la tinta; en cambio, la endémica especie de escritores de servilletas del Doce Opalinas no había gozado de un relevo generacional.

Don Ernesto conocía todos los detalles del complejo ritual de honrar la memoria de un autor fallecido. Encendió la Opalina de la mesa que solía ocupar don Fernando. Desenfundó la pluma que el muerto había utilizado por última vez, y la dejó secar sobre su mesa, justo al lado de la lámpara. Esa parte de inutilizar la pluma del difunto siempre le hacía derramar algunas lágrimas mudas, porque incluso cuando lloraba, el viejo camarero lo hacía callado.

El velatorio sin cuerpo presente concluía con la lectura en alto de la obra

completa del difunto, pero para ello había que poner en orden todas sus servilletas.

En el Doce Opalinas, había un tocadiscos que reproducía en bucle la *Partita número 2 en Re menor para violín solo* de Johann Sebastian Bach. Con el genio del barroco de fondo, el anciano se dispuso a ordenar las servilletas de don Fernando. Los familiares de los escritores difuntos solían entregar en el bar las servilletas del muerto, pero don Fernando no tenía familia. Un día antes de morir, se presentó en el bar con toda su obra: dos cajas grandes de servilletas ordenadas entre las hojas de varios cuadernos de cuero. Ese día no escribió nada. Se tomó un Cola Cao acompañado por un par de dónuts, encendió su Opalina y la miró durante horas. Las dos cajas contenían un solo cuento. Don Fernando había escrito un único cuento a lo largo de toda su vida, uno solo. Llevaba medio siglo acudiendo al bar. Gastaba todos los días en torno a medio paquete de servilletas. Parecía que no había tirado ni una sola. Miles de servilletas, pero un solo cuento con infinidad de versiones. Algunas llevaban más palabras, otras menos, distintas escenas, diferentes voces, pero daban las mismas vueltas sobre un único tema; muchas vueltas, ningún giro.

No había ni una sola servilleta sin tachaduras; sin embargo, las tachaduras en sí eran una obra de arte: el autor no se había limitado a tachar las palabras que no le convencían con una sola línea; había hecho rectángulos exactos, apresando las palabras entre cuatro paredes bien definidas. Las más recalcitrantes estaban enceradas en celdas con barrotes. El escritor se había esmerado en dibujarles primero un rectángulo alrededor; luego, con una precisión asombrosa, había trazado dentro del rectángulo líneas verticales perfectas con una misma distancia entre sí. Las palabras se agarraban a los barrotes pidiendo auxilio. Las reincidentes estaban condenadas al aislamiento eterno; sus rectángulos estaban ennegrecidos por completo. La manera de rellenar los rectángulos era prácticamente perfecta. Para hacer todo eso con una pluma sobre servilletas, don Fernando había invertido infinidad de tiempo. En otras servilletas, las tachaduras estaban conectadas entre sí, formando auténticos laberintos. La caligrafía de don Fernando gastaba letras muy pequeñas, inclinadas hacia la izquierda, sin espacios entre sí, muy bien ligadas, con líneas curvas. El espacio entre las palabras era generoso, incluso previsor, por si había que construir celdas alrededor. El interlineado era del grosor de una línea escrita. Las letras redondas, con círculos muy bien cerrados. No había ni un solo punto sobre las íes. Las tildes eran lágrimas dibujadas con precisión por un escribano concienzudo.

El relato trataba sobre un hombre gordo que, tirado en un sofá, contemplaba un cuadro con cebras. El gordo no sabía si las cebras eran blancas con rayas negras o negras con rayas blancas. A don Ernesto le daba pena todo aquello. Sentía que al relato le faltaba algo para ser declarado relato con todas las de la ley, pero a la vez sentía que ese relato tenía que ser rescatado de alguna manera. Aunque incompleto, o quizás por ello, pensaba

que debía ser publicado. Don Ernesto había nacido entre escritores, se había criado entre ellos; el primer café que preparó se lo sirvió a uno de los primeros escritores de servilletas —su abuelo—, que le había enseñado que todo escritor, como todo artista, da forma a una idea. La forma no debe ser hermética, ni mucho menos encriptada. Pero tal vez, puede llegar a ser en cierto grado incompleta. La parte oculta de la forma reside en la totalidad de la parte que se revela. Incluso incompleta, una forma artística debe sostenerse por sí misma hasta tal punto que sea capaz de invitar al receptor a completarla, pero no de cualquier manera, sino de forma intrínseca. Y el abuelo, para ayudarle a entender esa teoría, le dibujó un día a mano alzada, sobre una servilleta del bar, un semicírculo. Tras acabar el dibujo le preguntó: «¿Qué es lo que ves?». Para contentar al abuelo y para dejar claro que su teoría había sido muy bien asimilada, le respondió: «Un sol como un reloj universal capaz de tragarse el universo».

Para hacerse comprender, el abuelo podía ser académico y ordinario en la misma frase: «Verás, Ernestito de mi alma; si en un semicírculo trazado a mano sobre una puñetera servilleta de bar, uno ve soles como relojes universales capaces de tragarse el universo, la forma en sí es una mierda pinchada en un palo. Carece de expresión, de guía, de carga semántica. Si uno ve en un semicírculo un círculo, hablamos de otra cosa. La forma contiene la parte que falta, para que el receptor ponga de su parte y la complete. ¡Coño que ya está bien!».

Para ser completo, al relato con cebras le faltaba justamente la parte que el autor pretendía ocultar. Don Ernesto tenía esa convicción, o tal vez simplemente sentía pena. Ese relato era el último que se había escrito en el bar de su vida. Se sentó a la mesa, colocó las servilletas bajo la luz de la Opalina y comenzó a leer en alto —como mandaba la tradición— la que parecía la versión última de esas cebras:

Zèbres-A

En el salón de mi casa hay un cuadro con cebras; una reproducción de la obra Zèbres-A de Victor Vasarely. Llevo años tirado en el sofá sin hacer otra cosa que mirar esa imagen. A veces pienso que las cebras son blancas con rayas negras; otras, las percibo negras con rayas blancas. Parece un asunto sin importancia, pero yo me dejo la vida en ello.

Cuando consigo levantarme del sofá, observo que se hunde cada vez un poco más, y que va tomando la forma del vaciado de mi cuerpo, que se ha convertido en un campo de batalla entre grasas saturadas y azúcares añadidos. Tal vez el sofá se hunde también por el peso de mis sueños rotos. En cada despertar, lloro sin cuestionarme la razón. Lloro desconsolado, sin pudor, sin entender por qué lloro, sin pedir explicaciones, sin arrepentimientos, sin tregua. Lloro sin mirar atrás, como los guerreros. Lloro incluso ante la duda, mecánicamente. Lloro sin parar, como una máquina tragaperras que escupe monedas cuando toca el jackpot *y hace sonar la obstinada melodía sin armonía ni compás, entremezclada con el tintineo de la calderilla.*

Lloro hasta llegar al baño. Abro el grifo. Me limpio la nariz esnifando los

efluvios de cloro bajo presión que flotan en el aire y que por alguna razón me reconfortan. Me tomo las pastillas. Soy un animal con un dilema cromático que hiberna durante una estación que empieza de día y acaba de noche. Mi vida, una madriguera de usar y tirar, no alberga a más alimañas, y no tengo a nadie para preguntar cuándo es de día y cuándo de noche.

Esa clase de incógnita se instala en mi mente también a la hora de comer.

Siempre tengo dos cajas de dónuts en casa. Una de Dónuts Glacé, en cuyo embalaje pone: «El Dónuts auténtico de toda la vida. ¡Muérdelo, cierra los ojos y transpórtate en el mundo del placer de los trocitos de azúcar! Una sensación tierna y fresca compartida generación tras generación».

Y otra caja de Dónuts y Nocilla cuyo embalaje tampoco me deja indiferente: «Relleno y cubierto de auténtica Nocilla. ¡Descubre la mezcla perfecta! El placer del Dónuts con la cremosidad de Nocilla. La combinación que no sabías que necesitabas».

Contra mi voluntad —quería abrir uno de Nocilla—, abro un dónut «auténtico de toda la vida».

Miro las cebras. Una sí que parece blanca con rayas negras.

Muerdo.

La otra, negra con rayas blancas.

Mastico y me transporto al «mundo del placer de los trocitos de azúcar», hasta que todo se vuelve una pasta viscosa envuelta en manteca de cerdo.

Hace unas horas, las cebras parecían diferentes; el negativo de las cebras de ahora.

Mi laringe facilita el paso de la masa grasienta hacia el esófago y descubro «una sensación tierna y fresca».

La de la derecha es blanca con rayas negras. Lo tengo cada vez más claro.

Una vez en el esófago, le pierdo el rastro.

No, la de la izquierda. La de la izquierda es definitivamente blanca con rayas negras.

A medida que pasa el tiempo, mi sed se vuelve incontrolable. Tiro el embalaje tan lejos como soy capaz. Me arrastro hasta el baño. Lloro. Abro el grifo. Esnifo el cloro. Bebo directamente del chorro. Antes de que el hueco del sofá pierda la memoria de mi cuerpo, vuelvo a ocuparlo de inmediato.

Las cebras han absorbido por completo mi cerebro. El sofá, mi cuerpo. Pienso en mí como quien piensa en el desgraciado pegado a la tragaperras, que incluso cuando recoge la pila de monedas de la bandeja de cobro es incapaz de sentir alegría. Carece por completo de la capacidad de experimentar emociones. Ha perdido infinitamente más de lo que nunca podrá ganar. Ha perdido incluso el derecho de llamarse ludópata. Es uno con la máquina. Forma parte intrínseca de la tragaperras, como yo formo parte de mi sofá. Soy un sofá sentado delante de un cuadro con cebras. Bueno, delante de una copia de un inestimable cuadro con cebras: Zèbres-A de Victor Vasarely.

En plena madrugada, cuando cierra el último bar de la ciudad, el de los escritores de servilletas, se escucha irremediablemente un ruido atroz. Es la persiana del Doce Opalinas que nunca se había arreglado y en el último tramo cae como un telón de plomo, rompiendo la ciudad en dos. Todas las noches espero ansioso ese ruido porque a veces las cebras se asustan y tiemblan. Se les caen las rayas y se convierten en simples equinos despojados de sus desquiciantes marcas. Fuera del cuadro y faltas de rayas, se vuelven corceles tordos que piafan con elegancia desde el sofá hasta el baño o desde el baño hacia el sofá. A veces se paran y meten los hocicos en alguna caja de dónuts, o mordisquean sin vergüenza los pies de mi sofá. Mientras tanto, el cuadro sigue allí, completamente vacío, con su paspartú blanco donde hay un texto diminuto

que nunca he tenido la curiosidad de leer:



«Las cebras son en realidad de color negro con rayas blancas. Esto se debe a que el color de base de la piel de las cebras es negro, y las rayas blancas son causadas por la falta de pigmentación en esas áreas de la piel. Aunque las rayas blancas pueden hacer que parezca que las cebras tienen un pelaje blanco con rayas negras, los estudios genéticos y la observación detallada de las cebras han demostrado que este no es el caso. De hecho, incluso los ojos de las cebras son oscuros, lo que sugiere que su color base es negro».

Tras rematar la lectura, Don Ernesto se levantó por partes, como se levantan los camareros con los meniscos apolillados.

Detrás de la barra, en varias cajas de cartón, había guardado con esmero todas las servilletas de sus clientes muertos. Por ende, también colocó allí el cuento del gordo y las cebras pensando que a lo mejor no sería mala idea llevar todo aquello a una editorial capaz de valorar esa clase de «literatura artesanal», unir todas esas historias en una antología póstuma para la cual tenía preparado incluso el título: *Cuentos sobre servilletas*. En las cajas de cartón había centenares de historias; no se podían publicar todas. En honor al nombre del bar, don Ernesto había pensado seleccionar solamente una docena. Un cuento por cada mesa sobre la cual se habían escrito; por cada Opalina bajo cuya luz se habían fraguado.

No todos los relatos estaban firmados; sin embargo, basándose en el tipo de letra, el tipo de tinta, la elección de los temas, la manera de narrar, la dosis de poesía o la caligrafía, don Ernesto podía asignar perfectamente a cada cuento el autor que lo había escrito; además, estuvo presente en todos los velatorios cuando se daba lectura integral a la obra de los difuntos; era imposible equivocarse. *Jamaica*, por ejemplo, había sido escrito por un escritor en cierto grado analfabeto. Escribía en castellano, aunque no era su idioma materno. Provenía de un país del este de Europa, atiborrado de penurias y de *camaradas*. Por ello recibió el apodo el Hermano Camarádov, un malabarismo verbal entre los *camaradas* tan presentes en sus relatos y la clásica novela *Los Hermanos Karamázov*, de Dostoyevski.

Cada lunes, en Doce Opalinas, se servía una tapa especial en honor a Hemingway: pez espada con vinagreta de ajo, perejil y limón. El Hermano

Camarádov invitaba a don Antonio el Maestro —el más erudito de los antiguos escritores de servilletas—, a una buena copa de vino y a una tapita de pez espada, y este, a cambio, hacía la labor de asesor literario ayudándole a la vez a comprender que los cultismos entorpecían, que era muy malo andarse por las ramas con subtramas que no aportaban nada, que había que evitar los lugares comunes. Don Antonio era muy exigente y trataba los textos del Hermano Camarádov como si fueran suyos, ignorando de forma expresa esa circunstancia; es decir, trataba los textos como si la lengua materna de su autor fuese el español. Pero, sobre todo, era obsesivo; él mismo lo reconocía diciendo: «Me afano en encontrar siempre la palabra precisa; tanto en textos propios como ajenos». Para el Hermano Camarádov, don Antonio era «el Maestro». Y como todo maestro, cada vez que lo invocaba en sus relatos —como muestra de gratitud—, escribía «Maestro» con eme mayúscula incluso en el medio o al final de una frase. El Maestro era tan respetado que tanto el dueño del bar como sus compañeros de plumas, toleraban que se trajera consigo de casa, todos los días, a su chucho negro de hocico plateado. El perro se zampaba por igual las sobras de las tapas de pez espada como los pedazos de literatura que a menudo se caían de las mesas.

Los doce textos estaban ya elegidos, y aunque don Ernesto estaba ilusionado con la idea de la antología, a la vez pensaba que el mejor homenaje que se les podía hacer a sus difuntos clientes sería pegar todas esas servilletas sobre las paredes del bar, por encima de las páginas de los libros que formaban desde hacía tiempo la decoración del Doce Opalinas, pero tampoco se atrevió a llevar esa idea a cabo, ya que algunas servilletas estaban escritas por las dos caras. Colocó la docena de relatos escogidos en una caja nueva, dejó sonar a Bach, se dirigió hacia la última mesa iluminada, se subió las mangas, pero esa vez recargó el tic de una lentitud majestuosa; ya no era un tic; era más bien un gesto amplio de mago en el apogeo de su última función, en el preciso momento de meter la mano por última vez en la chistera dorada para sacar humo en vez de conejos inmaculados. Humo, sin más. Al rematar el gesto, tiró de la cadenilla dorada y la última Opalina se apagó de inmediato, como se apagan los trucos de los magos viejos. Tras cerrar detrás de sí la puerta del bar, el anciano se dispuso a bajar la antigua persiana de chapa, operando la manivela encastrada en la fachada del edificio. Con cada vuelta de manivela, la persiana bajaba un poco más; el viejo camarero se encorvaba un poco más; desde el interior del Doce Opalinas se escuchaba aún Bach, pero distorsionado.

Con cada vuelta de manivela, la Chacona se transformaba en una melodía triste, indecisa, atrapada en una vieja caja de música a la cual le fallaba el mecanismo.

La persiana bajaba.

La musiquilla sonaba.

El viejo camarero se encorvaba.

Parecía que la vida misma se había encerrado en una caja de música

incrustada en el muro y, con cada vuelta de manivela, los acontecimientos más simples volvían a ocurrir de manera cíclica y parsimoniosa en un bucle agotador:

La persiana bajaba.

La musiquilla sonaba.

El viejo camarero se encorvaba.

En cada ciclo, el viejo se torcía más y más, hasta quedarse en nada: una sombra con chepa, un Quasimodo sin Esmeralda, que en vez de doblar las campanas de Notre Dame, daba vueltas a la manivela de una caja de música estropeada, o tal vez simplemente hacía bajar por última vez la vulgar persiana de su catedral de opalina.

Cuando apenas le faltaba medio metro para llegar al suelo, la persiana cayó de golpe, causando un ruido estremecedor que hizo saltar hasta la aguja del tocadiscos. Un silencio pesado se colgó de cada una de las doce cadenillas, y el Doce Opalinas abrió nuevamente a escondidas y de manera inesperada los ojos. Luego, el silencio se coló por debajo de la persiana y se desbocó calle abajo. La noche comenzó a callar codo con codo con el viejo camarero que caminaba, sin mirar atrás; de frente tampoco. Se arrastraba por las calles como quien se arrastra por la vida, con la parsimonia de una oruga noctámbula.

Al llegar a casa, en vez de llorar un rato, como de costumbre, una sonrisa se dibujó en su rostro: tan tentadora como la soledad que deambulaba como una amante desnuda por el salón.

Abrió la caja y hundió el rostro entre las servilletas. El olor a tinta seca, a historias sin rematar, a nudos y a desenlaces y a giros inesperados, parecía haberle devuelto parte de la juventud que se le había quedado detrás de la barra del Doce Opalinas.

Cogió un paquete de servilletas, desenfundó una pluma estilográfica nueva, la cargó con tinta de un bote sin estrenar, encendió una Opalina que nunca antes había sido encendida, se subió las mangas: ¡zas! ¡zas!, y por primera vez en su vida se puso a escribir algo. El título prometía: *El complejo de funambulista*. Las primeras líneas versaban así:

Me he pasado la vida preparando cafés y leyendo historias de escritores muertos. Historias que devoran las fronteras entre la inverosimilitud y lo plausible, que perduran en ese confín donde un hombre común atrapado en un entorno extremo aprende de inmediato a sobrevivir.

Gracias a lo que he leído, tal vez llegó la hora de escribir yo mismo un cuento. Tengo en mente al protagonista, pero no sé cómo revelar su vida. Tendré que reinventarla, incluso aunarla con cascajos de mis propias vivencias para luego caminar juntos cuales funambulistas, sobre una cuerda cada vez más floja sujetada entre dos pilares que no son más que la vida y la muerte.

Le llevó casi media hora escribir esas líneas. Sabía exactamente cuánto tiempo había pasado, por la última vez que se había subido las mangas con el tic, que estaba a punto de caer otra vez. Leyó en alto para darles tiempo a las servilletas a absorber la tinta. Volvió a leer y quedó contento, a excepción del título que le pareció demasiado forzado. No sonaba nada mal: *El complejo de funambulista*, pero no era «muy amable con el lector», como hubiera dicho don Antonio. Lo borró y en su lugar escribió: *Relatos bajo la luz de las Opalinas*. Mejorable: siete palabras; aunque no eran muchas, eran demasiadas para un título. Se quedó con: *Bajo la luz de las Opalinas*. Ese era buenísimo, pero llevaba demasiado misterio para unos escritos casi autobiográficos y lo cambió por *El camarero de opalina*. Pura musicalidad, impactante, pero rebuscado, por lo que decidió descartarlo.

Pensó: «Yo no soy más que un hombre viejo. He trabajado toda la vida de camarero. Necesito escribir un cuento en torno a mis memorias. Pues eso: *Memorias de un viejo camarero*».

Un título sencillo, fácil de memorizar, eficaz y honesto. Incluso tenía en su cabeza el diseño de la tapa: una composición sugestiva usando doce Opalinas colocadas en dos filas, media docena en cada una, creando una sensación de profundidad y perspectiva, invitando al espectador a adentrarse en el túnel que se formaba. El efecto más intrigante de la tapa, sin embargo, consistía en el uso de la iluminación. Todas las Opalinas estarían apagadas, lo que crearía una sensación de oscuridad y desconcierto. Sin embargo, había una decimotercera Opalina diminuta, al fondo, en el centro y a lo lejos. Esa Opalina estaría encendida, emitiendo una luz pequeña y tenue pero esperanzadora, como todas las luces al final de todos los túneles.

Colocada justamente bajo la luz de la Opalina, la pluma desatendida de don Ernesto se comenzaba a secar.

El tic estaba tardando.



El autor

Theodor Smeu Stermin nació detrás del telón de acero en 1970 en Rumanía. Es licenciado en dirección de escena por la Facultad de Teatro de la Universidad Babeş Bolyai, Cluj. Escribe en español, aunque no es su idioma materno. Asume con cierta desfachatez que escribir en un idioma que lleva aprendiendo desde hace apenas veinte años le otorga tal vez una ventaja: la ingenuidad estilística que, aunque no busca deliberadamente, aflora dentro de sus propias limitaciones.